EDICIÓN EN ESPAÑOL

Del Principito a Cristo

Itinerario de un corazón abierto

Geoffrey Wion-Florens



Les Éditions
Terra Minima



Les Éditions
Terra Minima

Del Principito a Cristo

Itinerario de un corazón abierto

Edición en español

© Geoffrey Wion-Florens, 2025

Publicado por :
Les Éditions Terra Minima
37 rue Albert Janicot
66000 Perpignan – Francia

ISBN : 979-10-981263-1-4





A mi Chloé, mi Rosa, y al ángel que le ofreció su nombre,

A mi madre, que vela sobre mi Rosa,

A Benji, la estrella que sabrá reconocerse,

A Chérinette,

A Gwenn, que decidió seguir a la serpiente pero que brilla allá arriba,

A las Alondras de San Francisco,

Y… al niño que fui.

Este libro nació de un cruce interior.

De un recuerdo de infancia —un pequeño libro de tapa amarilla, leído y releído hasta el desgaste— y de una palabra redescubierta mucho más tarde, venida del Evangelio.

Durante mucho tiempo no vi el vínculo.

Y luego, un día, el desierto me habló.

Me recordó que ciertas verdades nos acompañan en silencio, esperando simplemente el momento justo para volverse evidentes.

El Principito me enseñó a mirar de otra manera. El Evangelio me enseñó a amar de otra manera.

Este libro intenta, humildemente, reunir esas dos miradas.

No pretende imponer nada. Propone un camino.

Una lectura paralela.

Un corazón abierto.

Si estas páginas pueden ayudar a otros a unir lo que creían separado, o a escuchar, en una frase sencilla, una voz familiar… entonces habrán cumplido su misión.

Gracias a quienes me acompañaron en esta travesía,

y a Aquel que, en silencio, me enseñó que lo esencial es realmente invisible a los ojos.

Geoffrey Wion-Florens

“Homenaje a Antoine de Saint-Exupéry”

Gracias, Antoine de Saint-Exupéry,

por ese pequeño libro que un día cayó en mis manos de niño

y que nunca me abandonó, ni siquiera de adulto.

Gracias por esta historia que, sin aparentarlo, consuela, interroga, desarma.

Gracias por ese Principito que he regalado a tantos,

cómo se entrega una llave sin manual de uso,

con la esperanza de que un día abra una puerta.

Quizá no quisiste evangelizar —seguramente no.

Y, sin embargo, tu obra me llevó hasta allí.

Hacia el Evangelio. Hacia un Otro.

Por el desvío de un desierto, de un cordero dibujado, de una estrella silenciosa.

En fin… nunca lo sabremos.



Introducción

«De planeta en planeta, de ciudad en ciudad»

El Principito viaja.

De planeta en planeta, avanza, pregunta, observa. Encuentra personajes encerrados en sus propios papeles, adultos preocupados por el poder, la imagen, la posesión o el saber. No juzga. Escucha, a veces se sorprende, y luego sigue su camino. Busca otra cosa, una verdad escondida, una palabra auténtica, un amor que no se compra.

Jesús también viaja.

De ciudad en ciudad, de casa en casa, camina. Se sienta, escucha, habla en parábolas. Él también encuentra seres atrapados en sus certezas, sus privilegios, sus heridas. No los condena. Les habla de otro modo. Ofrece una mirada nueva sobre las cosas, las personas, sobre Dios. Y dice: «El que tenga oídos para oír, que oiga.»

Ni uno ni otro se detienen mucho tiempo.

No se imponen. Pasan, y dejan detrás de sí semillas. Semillas de cuestionamiento, semillas de amor, semillas de luz.

Este libro nació de ese parecido discreto, casi silencioso.
Al releer *El Principito* a la luz de los Evangelios, reconocí paisajes familiares. Gestos simples. Frases que tocan el corazón. Vi, sin forzar nada, puentes inesperados.

No se trata de superponer dos textos, ni de decretar un sentido oculto.
Sino simplemente de hacerlos dialogar.

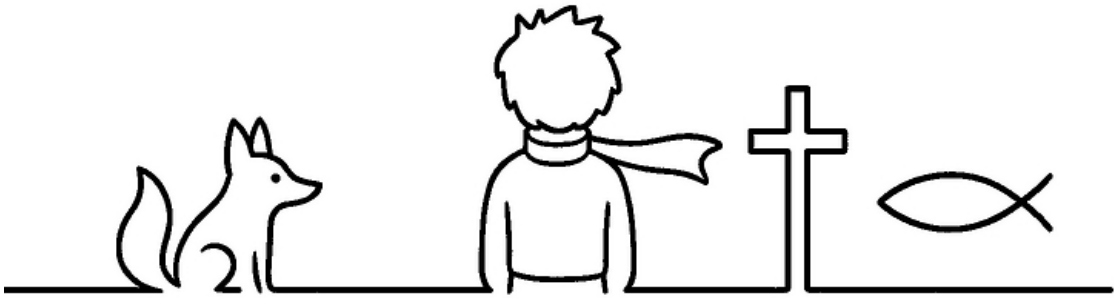
Dejar que un niño venido de las estrellas ilumine, a su manera, a Aquel que el Evangelio nos da a conocer como la luz del mundo.

Y si las personas mayores no comprenden nada por sí solas, quizá sea porque les falta un guía.
Un guía que no hable fuerte, pero que mire directamente a los ojos.

Saint-Exupéry y la fe

Antoine de Saint-Exupéry nunca reivindicó una fe cristiana clara, y menos aún una pertenencia explícita a la Iglesia. Y, sin embargo, en toda su obra —y en particular en *El Principito*— se percibe una sed, una luz, una forma de espiritualidad a la vez pudorosa y intensa.

No habla de Dios, o muy poco. Pero habla de fidelidad, de responsabilidad, de entrega, de ternura. Escribe: «Eres responsable para siempre de lo que has domesticado.» Habla de un amor que vuelve vulnerable, de una mirada que salva, de un corazón que aprende a ver lo invisible.



Saint-Exupéry conoció la guerra, el exilio, la soledad.

Escribió en la arena como otros escriben en la Biblia: con lo que tenía a mano, pero con un fuego interior que nada podía apagar.

No predica, no demuestra. Busca. Y en esa búsqueda se une a millones de lectores —creyentes o no— porque habla desde ese lugar universal: el desierto del corazón humano.

No cita el Evangelio. Pero vive algo que se le parece: la preocupación por el otro, el respeto por los más débiles, la atención a la belleza discreta de las cosas simples.

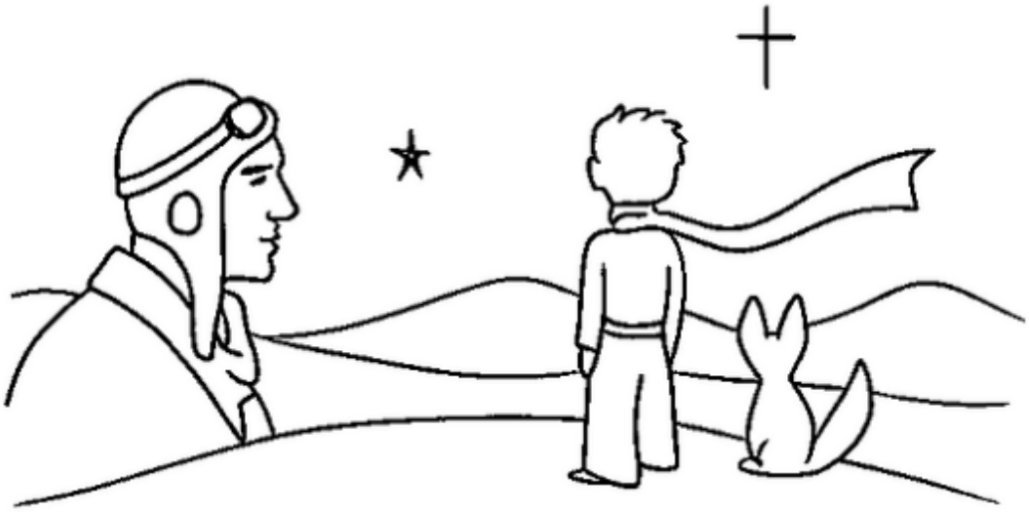
¿Y su Principito no se asemeja, en algunos aspectos, a ese Cristo silencioso que camina de aldea en aldea, que interroga sin condenar, que ama sin poseer?

Este libro no pretende reducir El Principito a una lectura religiosa. Pero reconoce en esa obra una luz fraterna, una sed de absoluto, un llamado a mirar de otra manera.

Y eso es, en el fondo, lo que tiende un puente entre el Evangelio y este pequeño cuento venido de las estrellas.

Parte I – El Desierto

"Antes de comprender, hay que escuchar"



El desierto es el primer escenario del encuentro.
En *El Principito*, todo comienza allí: un niño caído del cielo, un aviador averiado, dos soledades reunidas bajo el silencio de la arena. El desierto no está vacío: es despojo. Desnuda, obliga a ralentizar, a escuchar, a callar. Es un lugar sin artificio, sin huida posible, donde uno se encuentra frente a sí mismo, frente al otro, frente a lo esencial.

En los Evangelios, el desierto cumple el mismo papel. Jesús es llevado allí justo después de su bautismo. Ayuna, es tentado, pero es también el lugar donde se vuelve disponible para su misión.
El desierto se convierte en un umbral, un pasaje entre lo que creíamos ser y lo que estamos llamados a ser. Prepara el corazón. Antes de comprender, hay que escuchar. Antes de amar, hay que ser alcanzado.

La voz del Principito, como la de Jesús, atraviesa nuestras defensas. No se impone. Despierta. Toca con suavidad la parte

olvidada del niño que fuimos —ese que aún sabe escuchar.
En el desierto caen las máscaras. Las voces inútiles se alejan. Lo que queda es una pregunta viva. Una sed. Un llamado.

El desierto, en este libro, es más que un decorado. Es un espacio interior. Abre la historia, pero también el corazón. Prepara la transformación. Hace posible el encuentro.
Es allí, en esa desnudez fecunda, donde comienza el itinerario.

Pensamiento 1

El rey – ¿Autoridad o servicio?

El primer planeta que visita el Principito está habitado por un rey.
Un monarca solo, sentado en un trono sin súbditos, que pretende reinar, sobre todo: las estrellas, los planetas, el cielo, y sobre el propio Principito.
Pero su poder es extraño: solo ordena aquello de lo que está seguro de ver cumplido.
Si el niño bosteza, ordena bostezar.
Si quiere marcharse, ordena partir.

Este rey no gobierna nada.
Solo acompaña las evidencias, dándose la ilusión del mando. Habla de obediencia, de justicia, de orden… pero no conoce ni la escucha ni el diálogo.
Nunca ha aprendido a servir.
Su autoridad descansa en el título, en la distancia, en la certeza de que el otro está allí para obedecer.

El Principito no se rebela.
Se asombra.
Pregunta.
Y se marcha.
No se deja dominar.
Es libre.
Y esa libertad, tranquila y desnuda, actúa como un espejo implacable para quienes quieren poseerlo todo.

En los Evangelios, Jesús también se cruza con figuras de poder:
Herodes, Pilato, los fariseos, los sumos sacerdotes.
Todos hablan desde lo alto de una función.
Todos defienden su posición.
Pero ninguno comprende al hombre que tienen delante.

Ni Herodes, ni Caifás, ni Pilato captan esta autoridad nueva, silenciosa, desarmante, que habla sin golpear y reina dejándose condenar.

«Mi reino no es de este mundo», dice Jesús a Pilato (Juan 18,36).
No viene para imponer, sino para revelar.
No exige obediencia: llama a la libertad.
No manda: se arrodilla para lavar los pies.

Jesús encarna una autoridad que no toma, sino que da.
Una autoridad que no se apoya en el miedo, sino en la verdad.
No busca hacer doblar, sino hacer crecer.
No aplasta: eleva.

El rey del Principito, a pesar de sus intenciones razonables, encarna una caricatura del poder: solitario, rígido, tranquilizador para sí mismo pero estéril para los demás.
Reina sobre el vacío.
Quiere ser obedecido, pero no ve que está solo.

¿Y nosotros?
¿Qué imagen tenemos de la autoridad?
¿Ejercemos nuestro poder —en nuestras familias, nuestros trabajos, nuestras relaciones— para asegurar nuestra posición, o para servir el crecimiento del otro?
¿Deseamos ser obedecidos, o comprendidos?
¿Dominar, o hacer nacer?

El Cristo nos muestra que la verdadera autoridad no es dominación, sino servicio.
El Principito nos enseña que no se sigue a quienes ordenan, sino a quienes aman.

«El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mateo 20,26).

El verdadero rey no es el que se impone, sino el que se abaja para elevar al otro.

Pensamiento 2

El vanidoso – ¿Brillar o existir?

El segundo planeta que visita el Principito está habitado por un vanidoso.
Desde que llega el niño, lo saluda con entusiasmo, pero no es al otro a quien recibe: es a su propio reflejo.
No hace preguntas, no intenta comprender. Solo quiere ser admirado.
Vive únicamente en la mirada que se posa sobre él.

Reclama aplausos, elogios, un reconocimiento constante.
No tiene nada que ofrecer, nada que compartir.
Se alimenta de la imagen que el otro le devuelve, sin entrar jamás en una relación real.
El Principito, desconcertado, dirá simplemente: «Las personas mayores son muy extrañas.»

El vanidoso no busca el vínculo, sino el espejo.
No quiere un encuentro, quiere ser visto.
No se interesa por el niño que tiene delante: lo utiliza como pretexto para su propia puesta en escena.
Y en cuanto la mirada se aparta, su universo se derrumba.
Su identidad no está enraizada: flota al ritmo de los aplausos.

En los Evangelios, Jesús también advierte contra esta ilusión.
Habla de quienes oran en las plazas para ser vistos, de quienes dan limosna con estrépito, de quienes ayunan para provocar admiración.
Las llamas hipócritas, no porque tengan mala intención, sino porque interpretan un papel.
Viven en la apariencia.
Han olvidado la verdad del corazón.

«Cuando des limosna, que tu mano izquierda ignore lo que hace tu derecha» (Mateo 6,3).
Jesús no busca corregir únicamente un gesto: quiere reorientar la mirada.
Invita a salir del teatro del yo, a entrar en la profundidad.
Invita a vivir delante de Dios, y no delante de los otros.

Ser visto no es ser amado. Ser admirado no basta para ser salvado.
El vanidoso, en su soledad deslumbrada, es profundamente vulnerable.
Corre tras una luz exterior, pero vive en la sombra de sí mismo.

El Principito no lo juzga.
No se burla.
Constata, con dulzura.
Y se marcha.
Comprende que ese mundo de apariencias no le corresponde.
Él busca un encuentro verdadero, una palabra sincera, una relación que no se mida en aplausos.

Jesús, por su parte, no busca discípulos fascinados.
Llama a corazones verdaderos.
Se acerca a los que nadie mira.
Habla a los pequeños, a los pobres, a los discretos.
Mira de otra manera.
Reconoce en lugar de halagar.

¿Y nosotros?
¿Qué luz perseguimos?
¿Vivimos para ser vistos, o para ser verdaderos?
¿Estamos dispuestos a perder la admiración para ganar la libertad?
El vanidoso cree que necesita la mirada de los demás.
Pero lo que realmente necesita es una mirada de amor.

Cristo nos ofrece esa mirada.
No para juzgarnos.

Sino para revelarnos.

Pensamiento 3

El bebedor – ¿Huir o afrontar?

El tercer planeta está habitado por un hombre silencioso: el bebedor.
No levanta la mirada. No intenta justificarse.
Se limita a responder a un círculo doloroso:
«Bebo para olvidar que me da vergüenza… vergüenza de beber.»
Y calla.

No hay rebelión, ni estallido, ni siquiera queja.
Solo un hombre encerrado en una tristeza sin salida.
El Principito, desconcertado, no sabe qué decir.
Escucha, y luego se marcha, sin juzgar, pero con una profunda incomodidad.

El bebedor encarna la huida.
No una huida espectacular, sino aquella que se desliza lentamente en la costumbre.
Una huida sin gritos, sin estrépito, pero tenaz.
No intenta engañar a nadie.
Ha renunciado. Se ha replegado.
Vive en un círculo cerrado del que ya no espera salida.

En los Evangelios, Jesús también se acerca a quienes los demás evitan.
Mira a aquellos a quienes ya nadie mira.
No esquiva la vergüenza, pero tampoco se queda atrapado en ella.
Devuelve la voz a quienes se habían callado.
Devuelve la dignidad a quienes se creían perdidos.

Habla a Zaqueo, escondido en un árbol, e invita a bajar.
Se detiene ante la mujer adúltera, amenazada de lapidación, y escribe en el polvo.

Mira a la samaritana, que viene sola a sacar agua, y le dice: «Dame de beber.»
Cada vez abre una brecha.
No niega la falta, pero se niega a que ella encierre a la persona.

«No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Lucas 5,32).
No es la falta lo que nos destruye, sino el silencio que le sigue.
Es la vergüenza muda, que roe por dentro, que aísla, que aparta del encuentro.

El bebedor del Principito no busca el mal.
Busca el olvido.
Pero ya no cree en la posibilidad de ser levantado.
Se castiga a sí mismo.
Se juzga.
Y se condena a girar en círculos.

El Principito no puede hacer nada.
Es aún demasiado joven para comprender estos dolores de adultos.
Pero ve.
Siente que este planeta está cargado de una pena antigua.
Se marcha, quizá con el deseo, algún día, de volver para tender la mano.

¿Y nosotros?
¿Cuáles son nuestras huidas?
¿En qué buscamos el olvido?
¿Sabemos todavía nombrar nuestra sed más profunda?
¿O nos refugiamos en gestos repetidos, en hábitos tristes, en silencios que ya no esperan?

Cristo no vino para señalar la culpa.
Vino para despertar el deseo de ser levantados.
No habla fuerte.
Pero llama.

Se sienta a nuestro lado.
Y espera.

La vergüenza no tiene la última palabra.
A veces basta una mirada, una palabra suave, una presencia silenciosa…
para que algo vuelva a vivir.

Pensamiento 4

El hombre de negocios – ¿Contar o amar?

El cuarto planeta está habitado por un hombre atareado, absorbido en sus cuentas.
No mira al Principito. No lo recibe. Cuenta. Suma. Posee.
Lleva columnas de cifras al día y se considera serio.

«Poseo las estrellas», dice.
Y cuando el Principito le pregunta qué hace con ellas, responde:
«Las administro. Las anoto. Las ordeno.»
Pero nunca las mira.
Nunca las contempla.
Las suma como otros amontonan bienes, medallas, certezas.

El hombre de negocios no vive con las estrellas: las convierte en propiedad.
No las ama: las totaliza.
Cree que la riqueza está en la acumulación.
Piensa que poseer es dominar.
Quiere poseer lo infinito, pero ya no sabe levantar la mirada.

El Principito está desconcertado.
No entiende.
Él sabe que lo precioso no se compra.
Que lo esencial no se almacena.
Siente que este planeta es triste, encerrado en una lógica sin corazón.

En los Evangelios, Jesús advierte también contra esta ilusión.
Cuenta la historia de un hombre rico que amplía sus graneros para guardar su cosecha, y que muere esa misma noche.
Habla de un joven rico incapaz de dejarlo todo para seguir el camino de la vida.
Dice: **«Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón»** (Mateo 6,21).

Jesús no acusa los bienes en sí mismos, sino la ilusión de que pueden colmar.
Llama a otra mirada. A otra riqueza.
La del Reino.
La que no se mide.
Habla de tesoros invisibles: el perdón, la paz, la presencia.

El hombre de negocios es prisionero de sus cifras.
Ha olvidado por qué cuenta.
Ya no sabe para quién vive.
Multiplica las posesiones, pero vive en la carencia.
No comparte nada.
Ya no ve nada.
Está cegado por la idea de control.

El Principito, en cambio, posee poco.
Tiene una rosa, un volcán, un cordero.
Pero ama.
Y eso lo hace infinitamente más rico.
Comprende que solo se posee de verdad aquello que se doméstica.
Que el verdadero tesoro no está en lo que se guarda, sino en lo que se mira con el corazón.

¿Y nosotros?
En nuestra carrera diaria, ¿sabemos todavía levantar la mirada?
¿No estamos también, a veces, encerrados en listas, cifras, urgencias… olvidando lo que hace latir el corazón?

Cristo no poseía nada.
Pero lo daba todo.
Vivía en la pobreza, pero con una alegría libre.
Bendecía las flores del campo, los pájaros del cielo, los rostros encontrados.

El Principito no juzga al hombre de negocios.
Se asombra.
Comprende que ese mundo no es el suyo.

Busca otra cosa: una presencia, una palabra verdadera, un vínculo vivo.

¿Y si poseer fuera, a veces, alejarse de lo real?
¿Y si la verdadera riqueza estuviera en la relación… y no en la suma?

Pensamiento 5

El farolero – ¿Fidelidad o absurdo?

El quinto planeta es minúsculo.
No tiene lugar más que para un farol y un hombre.
Y, sin embargo, es allí donde el Principito hace un encuentro singular: el de un farolero.
Este hombre enciende y apaga su lámpara cada minuto, porque el planeta gira cada vez más rápido.
Ya no tiene tiempo para descansar.
Obedece la consigna sin pensar, sin comprender, sin discutir.

Y, aun así, dice el Principito, **«es el único que no me parece ridículo»**.
¿Por qué?
Porque el farolero piensa en los otros.
Él ilumina, aunque no sepa quién lo está mirando.
No habla de sí mismo.
No busca ser admirado.
Está allí, de pie, fiel a su tarea.

Su vida parece absurda, pero está habitada por un sentido profundo: el del servicio.
No ha renunciado a su misión.
Aunque lo sobrepase, aunque parezca inútil, continúa.
No es eficaz, pero está presente.

En los Evangelios, Jesús habla a menudo de la vigilancia.
Llama a sus discípulos a permanecer despiertos, a vigilar la llegada del esposo, a mantener encendida la lámpara.
Bendice a los siervos que velan fielmente, incluso en la oscuridad: **«Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, encuentre en vela»** (Lucas 12,37).

Vigilar es creer que un gesto sencillo puede dar fruto.
Es conservar la esperanza en la rutina.
Es seguir amando sin esperar recompensa.

La fidelidad no es espectacular.
No siempre se ve.
Pero ilumina.

El farolero ya no comprende realmente lo que hace.
Da vueltas en círculo, agobiado por una tarea mecánica.
Pero su lámpara brilla.
Hace de su planeta un lugar de luz.
Aunque sea diminuto.
Aunque nadie lo vea.
Es un vigilante.

El Principito lo honra.
No se ríe de él.
No lo desprecia.
Intuye que esa constancia silenciosa dice algo esencial.
Quizá eso sea ser justo: hacer lo que uno debe, sin ruido, sin gloria, sin renunciar.

Jesús también veló.
En la noche de Getsemaní, oraba mientras sus discípulos se dormían.
Permaneció de pie cuando todo vacilaba.
Sostuvo la lámpara del amor hasta el final.

¿Y nosotros?
En nuestras vidas agitadas, ¿sabemos todavía velar?
¿O nos arrastra la velocidad, el cansancio, el absurdo?
¿Tienen todavía sentido nuestros gestos cotidianos?
¿O obedecemos por automatismo, sin alma?

El farolero nos cuestiona.
No habla. Actúa.
Persevera.
Ilumina.
Y eso basta.

La fidelidad, incluso incomprendida, puede transformar un planeta.
Y, a veces, un corazón.

Pensamiento 6

El geógrafo – ¿Saber o encontrar?

El sexto planeta es más vasto.
Parece serio, importante.
Allí vive un geógrafo, sentado ante una gran mesa, rodeado de libros.
Toma notas, clasifica, interroga.
Se considera sabio.
Pero muy pronto el Principito descubre algo extraño: ese geógrafo no conoce su propio planeta.
Nunca sale.
Espera a que otros vengan a describirle lo que han visto.

«No soy explorador», dice.
No mira el mundo.
Lo archiva.
Escribe, pero no toca.
Desconfía de lo que cambia.
No registra las flores porque son efímeras.
Prefiere lo que dura.
Lo que no vive.

El Principito queda perturbado.
Viene de un planeta minúsculo, con una rosa frágil.
Comprende que el geógrafo no da ningún valor a aquello que, sin embargo, lo ha transformado más profundamente.
Mide entonces la distancia entre saber y conocer.

En los Evangelios, Jesús también se encuentra con hombres sabios: escribas, fariseos, doctores de la Ley.
Conocen los textos, las tradiciones, las normas.
Pero no reconocen la Vida cuando se acerca a ellos.
Saben, pero no ven.
Jesús les dice:
«Vosotros investigáis las Escrituras, porque pensáis tener en

ellas vida eterna; pues ellas dan testimonio de mí. Y, sin embargo, no queréis venir a mí para tener vida» (Juan 5,39-40).

El saber no es malo en sí.
Pero si no está habitado, se convierte en barrera.
Protege en lugar de abrir.
Cataloga en lugar de encontrar.
Da la ilusión de comprenderlo todo, pero pasa al lado de lo esencial.

El geógrafo del Principito conoce montañas, ríos, océanos.
Pero no sabe nada de una rosa amada, de una risa, de un vínculo.
Prefiere lo inmóvil a lo efímero.
Cree que lo que cambia no tiene valor.
Olvida que la vida es movimiento.

Cristo, en cambio, no escribe.
Camina.
Habla.
Toca.
Llama.
No encierra la verdad en definiciones.
La hace surgir en un encuentro, en una mirada, en una parábola.
No transmite conceptos, sino una Presencia.

El Principito comprende que no será en los libros donde encontrará la verdad que busca.
Descubre que la rosa efímera que dejó atrás es, en realidad, más preciosa que todos los atlas.
Comienza a presentir que lo frágil es precisamente lo que merece ser amado.

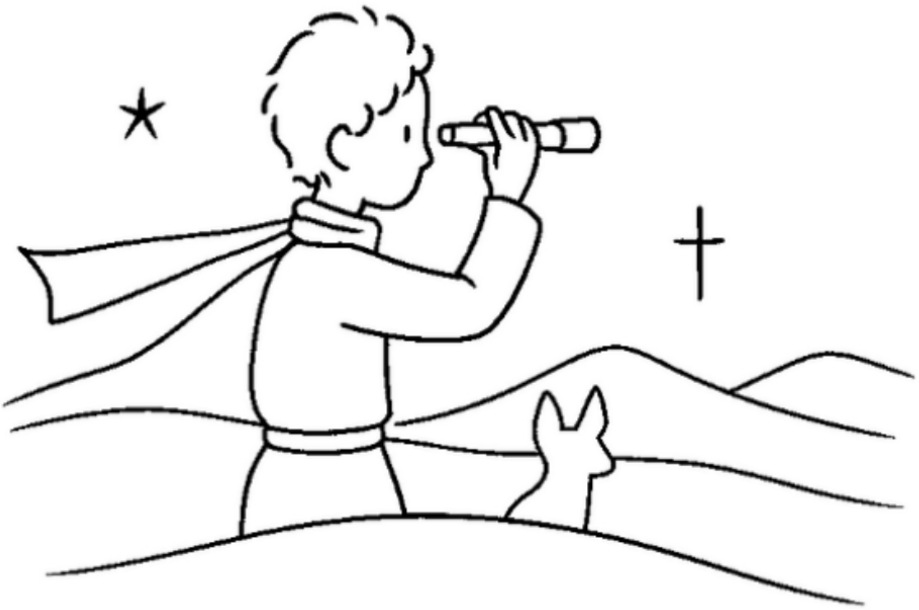
¿Y nosotros?
¿Qué hacemos con lo que sabemos?
¿Es un trampolín hacia el otro, o una armadura?
¿Aprendemos para encontrar, o para tranquilizarnos?
¿Estamos dispuestos a dejar nuestro escritorio para mirar una flor, escuchar un corazón, encontrar un rostro?

La sabiduría no se mide por el grosor de los libros, sino por la capacidad de amar.
El conocimiento que no hace crecer el corazón es un callejón sin salida.

Y a veces, hace falta una rosa para recordar a un geógrafo lo que significa realmente conocer.

Parte II – El Zorro

"Ver de otra manera"



El Principito no se contenta con viajar.
Él mira.

No atraviesa los planetas como un turista ni como un conquistador.
Observa.
Escucha.
Interroga.
Mira con los ojos del asombro, de la infancia, de la verdad.
Esa mirada no juzga, pero revela.
Hace aparecer lo que ya no vemos, lo que las personas mayores han dejado de notar.

En los Evangelios, Jesús también mira de otra manera.
Ve más allá de las apariencias.
Se detiene ante aquellos a quienes se evita.
Levanta los rostros abatidos.
Posa sobre cada uno una mirada que consuela, que despierta, que llama a vivir.

No se deja cegar por la etiqueta social, por el pasado, por la reputación.
Él ve el corazón.

La mirada se convierte entonces en un lugar de conversión.
No es el exterior lo que cambia, sino nuestra manera de ver.
Lo que parecía banal se vuelve precioso.
Lo que era invisible se vuelve esencial.
La mirada transforma el mundo, porque transforma nuestra relación con él.

Esa mirada no se aprende en los libros.
Se recibe.
Se cultiva.
Supone volver a ser simple, humilde, abierto.
Exige desarmar nuestras certezas, dejar nuestros filtros, reencontrar al niño escondido en nosotros.

Es en esta luz donde se abre la segunda etapa del camino.
Mirar con el corazón, como dice el zorro.
Mirar con ternura, como lo hace Jesús.
Ver de otra manera, para aprender a amar de verdad.

Pensamiento 7

Dibújame – Ver al otro con los ojos del corazón

La historia comienza con una petición desarmante:
«Por favor… dibújame un cordero.»

El narrador, aviador solitario caído en el desierto, se encuentra ante un niño venido de otro lugar, que no dice su nombre, pero formula esta petición simple y decisiva.
No es una pregunta banal.
Es una invitación.
Un llamado a salir del marco, a mirar de otra manera.

El Principito no exige una imagen perfecta.
Busca una mirada capaz de comprender sin explicarlo todo.
Lo que espera no es un dibujo logrado, sino una respuesta habitada.
Quiere que se tome en serio su petición, su diferencia, su silencio.
Quiere ser escuchado con los ojos del corazón.

El narrador, al principio, intenta dibujar corderos, pero ninguno satisface al niño.
Entonces esboza una caja.
Y dice: «El cordero que quieres está dentro.»
Para su sorpresa, eso basta.
La mirada del Principito va más allá de las apariencias.
Ve lo que el dibujo no muestra.

En los Evangelios, Jesús también acoge las peticiones inesperadas.
Escucha los gritos de los ciegos, los gestos tímidos de los enfermos, los silencios pesados de los excluidos.
No pide explicaciones.
Mira.
Discierne lo que se esconde detrás de las palabras, o detrás de su ausencia.

Ve la fe de quienes se acercan.
Reconoce la angustia de quienes callan.

Responde a lo esencial, incluso cuando la petición es torpe.
Mira de otra manera.
Oye lo que los demás ignoran.

El Principito, con su pregunta, obliga al narrador a recordar al niño que fue.
Aquel que dibujaba una boa que se había tragado un elefante, y a quien pidieron interesarse por la geografía, las sumas y la política.
Aquel a quien disuadieron de mirar con el corazón.

Este encuentro en el desierto es una reconciliación.
Entre el adulto y el niño.
Entre la lógica y la intuición.
Entre lo visible y lo invisible.

Ver con los ojos del corazón es aceptar que no todo se mide.
Que la verdad de un ser no se reduce a lo que muestra.
Que a veces una caja de cartón puede contener un cordero, y que un silencio puede ser una palabra inmensa.

¿Y nosotros?
¿Sabemos aún ver a los demás como misterios a acoger, y no como funciones a evaluar?
¿Aceptamos que una petición extraña pueda ser un grito de amor?
¿Un llamado a la relación?

El Principito no busca un cordero para poseerlo.
Busca una presencia.
Un compañero.
Una respuesta.
Lo que espera no es un animal, sino una mirada capaz de creer en lo invisible.

Como Jesús, no pide pruebas.
Pide la fe del corazón.

Pensamiento 8

El cordero – De la obediencia a la libertad

El cordero que el narrador dibuja para el Principito es invisible.
Está escondido dentro de una caja.
Y, sin embargo, se convierte rápidamente en uno de los personajes centrales de la historia.

El cordero es a la vez una presencia que tranquiliza y una amenaza potencial.
Es compañero de viaje y peligro para la rosa.
Es libre, pero esa libertad inquieta al niño.
El Principito se pregunta: si se come los arbustos, ¿se comerá también las flores?
Si queda sin bozal, ¿podrá destruir aquello que amo?

El cordero representa esa parte de nosotros que no controlamos del todo.
Es el impulso, el instinto, la fuerza simple de la vida… pero también su ambivalencia.
No es bueno ni malo.
Está vivo.
Y eso basta para suscitar miedo.
Porque lo que está vivo puede herir.

El Principito quiere un bozal.
Quiere proteger a su rosa.
Descubre que el amor no basta para alejar el peligro.
También hay que poner límites.
A veces hay que decir no, trazar un marco, aprender a guiar sin asfixiar.

En los Evangelios, Jesús utiliza también la imagen del cordero.
Se presenta como el Buen Pastor, aquel que conoce a sus ovejas, que las llama por su nombre, que camina delante de ellas.
No las encierra.
Las conduce.

Les abre un camino.
Las mantiene libres, pero en una relación de confianza.

«Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen» (Juan 10,27).

La obediencia, en esta luz, no es sumisión pasiva.
Es respuesta amorosa.
Nace del vínculo.
No anula la libertad: la orienta.
Permite evitar el peligro sin encarcelar la vida.

El cordero del Principito es un enigma.
Está en una caja, pero esa caja se convierte en un espacio imaginario inmenso.
Existe porque se cree en él.
Actúa porque se le da poder.
Es una figura de la libertad concedida, pero también de la responsabilidad que de ella nace.

Amar es aceptar que el otro no nos pertenece.
Que incluso el cordero que dibujamos para alguien puede, un día, hacer daño sin quererlo.
Es comprender que la verdadera relación no es dominio, sino confianza.

¿Y nosotros?
¿Qué hacemos con nuestros corderos interiores?
¿Buscamos ponerles bozal por miedo, o domesticarlos por amor?
¿Sabemos acompañar sin poseer?
¿Orientar sin dominar?

Cristo no adiestra a sus ovejas.
Las llama.
Las conoce.
Las ama.

El Principito, poco a poco, aprende esto.
Aprende que la libertad no es enemiga del amor, sino su condición.

Y que amar a una rosa frágil es también confiar en un cordero invisible.

Pensamiento 9

El secreto del zorro – ¿Domesticar o dominar?

En un campo de trigo, el Principito encuentra a un zorro.
Este no quiere jugar.
No busca imponerse.
Dice simplemente: **«Domestícame.»**
Esa palabra, por sí sola, lo cambia todo.

Domesticar, explica el zorro, no es dominar.
No es poseer.
Es crear lazos.
Es hacer nacer, en la lentitud y en la fidelidad, una relación única.
Toma tiempo.
Exige ritos, paciencia, confianza.

Antes de ser domesticado —dice—, el Principito no es para él más que un niño como cien mil otros.
Pero una vez creado el vínculo, se convertirá en su único en el mundo.
Y el campo de trigo, desde entonces, tendrá para él un sabor de presencia.
Se convertirá en memoria.

Lo que enseña el zorro es que el amor no cae del cielo.
Se construye.
Se profundiza.
Vuelve vulnerable, sí, pero da sentido a todo lo que se ve, se oye, se espera.
Hace al otro irremplazable.
Y convierte la separación en desgarro.

En los Evangelios, Jesús actúa así.
No domina a quienes encuentra.
No los obliga a seguirlo.
Los mira.
Los llama.

Les deja la libertad de venir.
«Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados… y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mateo 11,28-29).

No crea dependencia.
Crea lazos.
Dice a sus discípulos: **«Ya no os llamo siervos, sino amigos»** (Juan 15,15).
No los usa.
Los ama.
Les confía su corazón, su vida, su alegría.
Acepta incluso ser traicionado, herido, abandonado, porque el amor verdadero pasa por la libertad.

Domesticar, en boca del zorro, se vuelve un acto de amor puro:
un vínculo elegido, asumido, vivido.
Supone una responsabilidad:
«Eres responsable para siempre de lo que has domesticado.»
El amor compromete.
No es una emoción pasajera, sino una decisión de presencia.
Una promesa silenciosa.

Cristo también se compromete.
No abandona a los que ama.
Incluso en la noche de la Pasión, ama hasta el extremo:
«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Juan 13,1).
Y en la Resurrección, vuelve para consolar a quienes habían quedado unidos a Él.

El zorro dice otra cosa esencial:
«Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.»
Esa frase suena como una bienaventuranza.
Jesús también llama a esta mirada interior:
«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán

a Dios» (Mateo 5,8).
No son los sabios ni los poderosos quienes lo reconocen, sino los pequeños, los humildes, los que aman.

¿Y nosotros?
¿Domesticamos o intentamos poseer?
¿Creamos lazos verdaderos o apegos útiles?
¿Aceptamos ser heridos por amor… o preferimos protegernos guardando las distancias?

El zorro no se arrepiente de haber sido domesticado.
Aunque llore en el momento de la separación, dice:
«Saldré ganando, por el color del trigo.»
Porque el amor deja una huella.
Incluso la ausencia se vuelve luz.

Como los discípulos después de la cruz, que, en medio de sus lágrimas, recordarán el ardor que sentían en el corazón cuando Él les hablaba por el camino (Lucas 24,32).

El secreto del zorro es el de todo amor verdadero:
vuelve vulnerable, pero vuelve vivo.
Y dura más que un instante, porque echa raíces en el corazón.

Parte III – La Tierra

“Caer para comprender”



Después de visitar seis planetas, el Principito llega a la Tierra.
No aterriza como un conquistador.
Cae allí, como un llamado.
Es un lugar inmenso, habitado por miles de seres y, sin embargo, es en el silencio del desierto donde se posa.
Allí, al principio, no encuentra a nadie.
Solo arena, cielo, vacío aparente.

La Tierra es el escenario de un vuelco interior.
Es allí donde el Principito vive sus encuentros más grandes.
Allí donde comprende lo que ha dejado, lo que ha perdido, lo que ama.
Es también allí donde comienza a recordar.
Lo que observaba en los otros empieza ahora a transformarlo a él.

En los Evangelios, la Tierra también es el lugar del encuentro.
Dios no permanece en el cielo: desciende, toma carne, viene a habitar entre los hombres.
Jesús no habla desde un trono celestial: camina, escucha, se sienta en el polvo.
Viene a tocar la realidad del mundo, con sus dolores y sus maravillas.

Es en ese contacto con la tierra —en el sentido fuerte, espiritual— donde el corazón se despierta.
Allí se descubre la belleza frágil de las cosas.
Pero también la prueba de la pérdida, la decepción de las apariencias, la verdad del vínculo.

La Tierra del Principito es primero un desierto.
Luego un jardín.
Después un lugar de revelación.
No es el fin del viaje, sino el lugar del giro.

Porque a veces, hay que caer… para aprender a amar.

Pensamiento 10

Las flores – ¿Ilusión o verdad?

Apenas llegado a la Tierra, el Principito encuentra una flor de tres pétalos.
Está perdida en el desierto, frágil, solitaria.
Cuando él la interroga, ella responde con desparpajo:
«Quizá haya una docena de hombres, los vi hace años.»
Añade que los hombres no tienen raíces, que el viento se los lleva.

Esta respuesta desconcierta.
Es a la vez poética y equivocada.
Sacude al niño.
Porque hasta entonces, las flores eran para él un refugio de verdad, un lugar de sentido.
Su rosa, con todas sus contradicciones, era única.
Aquí, la flor es imprecisa, inexacta, despreocupada.
Habla, pero no guía.
Enuncia sin saber.

Esta escena, breve y casi anodina, marca un giro.
El Principito descubre que la fragilidad no es siempre portadora de verdad.
Que una voz suave también puede decir error.
Que una bella apariencia no es necesariamente signo de sabiduría.

En los Evangelios, Jesús también hace esta distinción.
Habla de los falsos profetas, de las palabras huecas, de las apariencias engañosas.
Dice:
«Guardaos de los falsos profetas: vienen a vosotros con piel de oveja, pero por dentro son lobos feroces. Por sus frutos los conoceréis» (Mateo 7,15-16).

Él mismo, cuando es tentado en el desierto, no responde a la seducción de una palabra halagadora.
Discierne.

Opone la verdad de la Escritura a los espejismos de la facilidad.
Elige la fidelidad, no la ilusión.

El Principito, en este encuentro, comienza a comprender esto.
La flor del desierto no es mala.
Pero no está enraizada.
Habla sin fundamento.
Enuncia, pero no revela.
Vive, pero sin vínculo.

Y sin embargo, este encuentro lo conducirá de nuevo a su rosa.
Ella también decía cosas difusas.
Exigía sin decir, se hacía frágil para volverse indispensable.
Pero era única.
Amada.
Domesticada.

Entre la flor anónima del desierto y la rosa del corazón está toda la distancia
entre la ilusión y la verdad,
entre la palabra lanzada y la palabra recibida.

En los Evangelios, Jesús nunca se fía de las apariencias.
Escucha, pero pregunta.
Dice:
«¿Qué quieres que haga por ti?» (Marcos 10,51).
No se deja guiar por discursos vacíos, sino por impulsos profundos.
Se fía de la fe, de la sinceridad, de la humildad.

¿Y nosotros?
¿Sabemos discernir lo que nutre y lo que extravía?
¿Aceptamos cuestionar palabras seductoras pero vacías?
¿O preferimos creer aquello que nos conforta, sin preguntarnos por las raíces de esa palabra?

El Principito se marcha.
No condena a la flor.
Pero sabe ya que la verdad no siempre se dice con palabras.

Se vive.
Se discierne.
Se verifica en la fidelidad de un vínculo.

Pensamiento 11

El jardín de rosas – ¿Comparar o maravillarse?

El Principito descubre un jardín.
Un jardín lleno de rosas.
Cientos de ellas, todas parecidas a la suya.

Es un impacto.

Hasta entonces, él creía que su rosa era única.
La había dejado con dolor, pensando que no existía ninguna otra como ella.
Y ahora, ante sus ojos, se despliega una multitud de flores idénticas.
Mismo color, misma gracia, mismo perfume.
El niño queda trastornado.
Piensa primero que se ha equivocado.
¿Su rosa no era tan especial?

Aquí comienza una conversión de la mirada.

La tentación de la comparación se insinúa:
si mi rosa se parece a las demás, ¿por qué amarla todavía?
Si no es más que una entre mil, ¿por qué permanecerle fiel?
La duda toma la forma del juicio.
Quizá lo que amaba no era más que una ilusión.

Pero eso es olvidar el vínculo.
Olvidar la historia.
Olvidar el cuidado.

En los Evangelios, Jesús también encuentra hombres y mujeres tentados de compararse, de medirse, de jerarquizarse.
Sus propios discípulos se preguntan: **«¿Quién es el más grande entre nosotros?»** (Lucas 9,46).
O todavía: **«Y éste, ¿qué va a ser de él?»** (Juan 21,21).

Pero Jesús los devuelve siempre a lo esencial.
A la relación única.

A la llamada singular.
No responde comparando.
Dice simplemente: **«Tú, sígueme»** (Juan 21,22).
Lo que el otro vive, posee o atraviesa no disminuye lo que tú vives.
El amor de Dios no es una cantidad que se reparte, sino una presencia que se recibe.

El Principito comprende esto poco a poco.
El zorro lo ayudará más tarde, pero ya, ante este jardín, algo se abre en él:
su rosa es única, no por naturaleza, sino por elección.
Él la ha regado.
La ha protegido.
La ha escuchado.
La ha amado.
Y eso basta para hacerla incomparable.

En la parábola del buen pastor, Jesús habla de un rebaño de cien ovejas… y de una sola que se pierde.
Él deja a las noventa y nueve para buscar a esa (Lucas 15,4).
No porque sea mejor, sino porque es amada.
El amor no se calcula.
Se da.
Hace al otro único simplemente porque uno se ata a él.

El Principito no desprecia a las otras rosas.
Pero deja de compararlas.
Encuentra en sí una verdad silenciosa:
su rosa es suya.
Es única porque él la ha domesticado.

¿Y nosotros?
¿Cuántas veces hemos dudado de lo que amamos simplemente porque otros parecían más brillantes, más disponibles, más bellos?
¿Cuántas veces hemos creído que lo que teníamos no era suficiente… solo porque se parecía a lo que tenían los demás?

Jesús no compara los corazones.
Los visita uno a uno.
Llama a cada uno por su nombre.
Y en esa mirada única puesta sobre cada uno de nosotros, recuerda:
«Eres valioso a mis ojos, y yo te amo» (Isaías 43,4).

El jardín de rosas podría haber sido una derrota.
Se convierte en una revelación.
El amor no reside en la rareza del otro, sino en la fidelidad de nuestra mirada.

Pensamiento 12

La rosa – ¿Amar sin poseer?

Desde el comienzo de la historia, la rosa habita el corazón del Principito.
Es por ella que se marchó.
O más bien: por lo que no comprendía de ella.
Era bella, frágil, orgullosa.
Tosía para llamar la atención, decía cosas que no sentía, exigía sin pedir.

Él aún no sabía amar.
Se sintió herido, incomprendido.
Y se fue.

Pero a lo largo de su viaje, la rosa no lo abandona.
Vuelve en pensamiento, en sueño, en nostalgia.
A medida que el Principito encuentra otros rostros, otras palabras, otras formas de soledad, comprende.
Intuye que el amor no está en la perfección del otro, sino en el lazo tejido.
En el cuidado ofrecido.
En la presencia compartida.

El zorro ya se lo había dicho:
«Es el tiempo que has perdido por tu rosa lo que hace que tu rosa sea tan importante.»
La rosa no es preciosa porque sea diferente.
Lo es porque él la ha amado.

En los Evangelios, el amor no se despliega en la belleza ideal, sino en la fragilidad acogida.
Jesús ama a personas reales, heridas, a veces inestables.
Ama a Pedro, que lo negará.
Ama a María Magdalena, marcada por el pecado.
Ama a los enfermos, a los pequeños, a los pobres, a los que nadie elige.

Su amor no depende del mérito.
No se retira ante el primer defecto.
Permanece, levanta, perdona.
«Cristo nos amó cuando todavía éramos pecadores»
(Romanos 5,8).

El Principito vuelve a su rosa no porque ella haya cambiado,
sino porque su mirada, la de él, se ha transformado.
Ha entendido que amarla era acogerla tal como es.
No para corregirla, ni para controlarla, sino para cuidarla.

Amar sin poseer es quizás eso:
no convertir al otro en algo que guardar, sino en un misterio que proteger.
No querer que sea perfecto, sino que sea vivo.
No confundir apego con dominio, ni fidelidad con miedo a perder.

En el Evangelio, Jesús nunca impone su presencia.
Pasa, llama, espera.
No se impone a quienes ama.
Se entrega.
Y respeta su libertad, incluso cuando lo hiere.

¿Y nosotros?
¿Cómo amamos?
¿Buscamos poseer, retener, controlar… o hacer crecer?
¿Aceptamos que el otro nos decepcione a veces, sin dejar por ello de ser nuestra rosa?

El Principito ya no exige que su rosa sea perfecta.
Solo quiere volver.
Solo quiere estar allí.
Ha comprendido que la fidelidad no empieza cuando el otro se vuelve digno de amor,
sino cuando uno elige quedarse, día tras día, a pesar de las espinas.

Y quizá eso sea amar.

Pensamiento 13

El zorro – Te vuelves responsable para siempre…

Antes de separarse, el zorro entrega al Principito un secreto.
No lo escribe.
No lo explica.
Lo confía como un soplo:
«Te vuelves responsable para siempre de lo que has domesticado.»

No es una amenaza.
Es una revelación.
Una responsabilidad suave, pero irrevocable.
Cuando se ha creado un vínculo, ya no se puede actuar como si nada.
Cuando se ha amado, ya no se puede fingir indiferencia.
El lazo verdadero, incluso silencioso, compromete.

El Principito comprende que amar no es solo un sentimiento.
Es una promesa.
Una atención que permanece.
Una memoria que vela.
Una fidelidad que no depende de la presencia, sino del vínculo tejido con el tiempo.

En los Evangelios, Jesús no habla de "domesticar", pero sí habla de fidelidad.
Cuenta la parábola del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas, que las llama una por una por su nombre, y que está dispuesto a dar su vida por ellas (Juan 10,14-15).
Ese vínculo no es teórico.
Es vivido.
Es indisoluble.

Y, sobre todo, Jesús nunca rompe ese vínculo.
Incluso cuando el otro se aleja.
Incluso cuando cae.
No dice: «Me has traicionado, te dejo.»
Dice a Pedro: **«¿Me amas?»** (Juan 21,17).
Y le confía sus ovejas.
Transforma la debilidad perdonada en misión de amor.

El zorro también ha sido herido.
Estará triste tras la partida del Principito.
Llorará.
Pero no se arrepiente.
Dice: **«Saldré ganando, por el color del trigo.»**
Porque el amor deja una huella.
Una belleza nueva en el mundo.
Un recuerdo vivo.

Este capítulo habla de esa fidelidad interior que nace del vínculo.
No de la que controla, vigila o exige.
Sino de aquella que vela.
Que recuerda.
Que sigue respondiendo, incluso a distancia.

¿Y nosotros?
¿Qué hacemos con los lazos que hemos tejido?
¿Somos fieles a las promesas silenciosas?
¿Sabemos llevar en nosotros la memoria de un vínculo, incluso cuando el otro se aleja?
¿Aceptamos que el amor verdadero vuelve responsable —no en sentido jurídico, sino en el sentido del corazón?

Cristo nunca renuncia a aquellos a quienes ha amado.
Busca a la oveja perdida.
Espera al hijo pródigo.
Permanece fiel, incluso cuando nosotros somos infieles (2 Timoteo 2,13).
No vuelve para juzgar, sino para sanar.

El zorro, él, no ha sido olvidado.
El Principito guarda dentro de sí ese secreto como una antorcha.
Lo ilumina en su camino de regreso.

Porque amar es también esto:
seguir respondiendo por un vínculo… incluso en el silencio.

Pensamiento 14

Solo se ve bien con el corazón

Antes de separarse, el zorro ofrece al Principito una frase sencilla, casi frágil.
Pero encierra una clave:

«Solo se ve bien con el corazón.
Lo esencial es invisible a los ojos.»

No es una definición.
Es un vuelco interior.

La mirada ordinaria —la que mide, evalúa, juzga o compara— no accede a la verdad de los seres.
Se detiene en lo visible.
Confunde apariencia con valor, función con persona, lo visible con lo importante.

Pero el corazón ve de otra manera.
Percibe lo que está oculto:
la fidelidad en una palabra breve,
la ternura en una torpeza,
la belleza en una fragilidad.
No posee.
Reconoce.

El Principito recibe este secreto en el momento en que está por marcharse.
No es una conclusión, sino una luz para el camino.
Una nueva mirada sobre todo lo que ha visto.
A partir de ahora comprenderá que su rosa es única, no por su apariencia, sino por el vínculo.
Por el amor.

En los Evangelios, Jesús no deja de llamar a esta mirada del corazón.
No elige a los que brillan.

No se detiene en la reputación, el estatus o la evidencia.
Ve lo que los demás no ven.
Se dirige a los humildes, a los despreciados, a los corazones abiertos.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5,8).
Ver a Dios no depende de una inteligencia superior, sino de un corazón libre, despejado, verdadero.
No es un privilegio reservado: es una puerta abierta para todos.

Jesús hace esta pregunta a Simón el fariseo:
«¿Ves a esta mujer?» (Lucas 7,44).
No habla de un objeto, sino de un ser que Simón ha mirado sin ver.
Jesús, en cambio, ve su fe, su amor, su esperanza.

El secreto del zorro se une a esta palabra:
ver no es solo mirar.
Es reconocer.
Es acoger la profundidad más allá de la superficie.
Es elegir el asombro en lugar del control.

¿Y nosotros?
¿Qué vemos realmente?
¿Los defectos o los impulsos del corazón?
¿Las cifras o los rostros?
¿El rendimiento o la presencia?
¿Vivimos con los ojos… o con el corazón?

La mirada del corazón no niega lo real.
Lo atraviesa.
Lo transfigura.

El Principito partirá con este secreto en el silencio de su caminar.
Y esta nueva mirada le permitirá amar hasta el final, sin miedo, sin posesión, sin volver sobre sí mismo.

Así es como Dios nos mira:
no desde arriba, sino desde dentro.

No con desconfianza, sino con dulzura.
No ve primero lo que hacemos.
Ve lo que llevamos.
Lo que esperamos.
Lo que somos.

Solo se ve bien con el corazón.
Y cuando se comprende esto, todo empieza a cambiar.

Parte IV – El desierto interior

"Atravesar para renacer"



El desierto ya no es solo un decorado.
Se convierte en un lugar interior.

Después de los planetas absurdos y de las comparaciones engañosas,
después del zorro y del jardín,
llega el tiempo de la travesía silenciosa.
Aquella que no se ve.
Aquella que transforma.

El Principito está ahora solo.
La rosa está lejos.
El zorro ha quedado atrás.
El aviador, compañero de camino, no puede seguirlo hasta el final.
El niño entra en un desierto más profundo:
el del alma,

el de las decisiones últimas,
el del misterio.

En los Evangelios, Jesús también pasa por este desierto interior.
Conoce la soledad de Getsemaní.
El silencio del viernes.
El abandono.
La incomprensión.
No huye de esos lugares.
Los habita.
Allí ora.
Allí sigue amando.

El desierto interior no es un lugar de muerte.
Es un paso.
Un umbral.
Allí se enfrenta el mal.
Allí se siente la sed.
Allí se descubre, en el fondo de la carencia, una promesa.
Un agua.
Una luz.

A veces hay que descender muy abajo para oír el llamado de lo alto.

Y solo aceptando atravesar ese vacío
el corazón puede renacer.

Pensamiento 15

La serpiente – El mal y el misterio

En el desierto, el Principito encuentra una extraña criatura:
una serpiente dorada, fina como un dedo.
Habla poco, pero sus palabras están cargadas de silencio.
Dice:
«A quien toco, lo devuelvo a la tierra de donde salió.»

No es una amenaza. Tampoco una invitación. Es una posibilidad. La serpiente no ataca. Espera.
Permanece allí, sin insistencia, como una sombra tranquila.
Representa una fuerza invisible:
la del paso,
la del final,
la que nadie quiere nombrar,
pero que todos temen.

No se presenta como enemiga.
Incluso se dice más poderosa que un dedo de rey.
No golpea. Habla. Insinúa.
Ofrece una salida que parece suave, casi inofensiva:
«Puedo llevarte más lejos que un barco…»

En los Evangelios, Jesús también se enfrenta al "serpiente" —simbólicamente— desde el desierto.
Justo después de su bautismo, el Espíritu lo impulsa a un lugar árido, silencioso, vulnerable.
Y allí, el tentador viene a visitarlo.
No grita.
Propone.
Sugiere.

«Si eres Hijo de Dios…» (Mateo 4,3).
El mal no niega a Dios.
Deforma su imagen.
Ofrece el poder sin la cruz,

la gloria sin el amor,
la facilidad sin la fidelidad.
Pero Jesús no cede.
No discute.
Responde con la Palabra.
Permanece centrado.
Atraviesa.

La serpiente del Principito no se parece a un animal aterrador.
Es calma.
Es precisa.
Conoce la debilidad de las soledades.
Aparece cuando el niño está lejos de su rosa, lejos de todo.
Habla cuando el corazón está desorientado.

Y ese es quizá el misterio del mal:
no se impone.
Espera el vacío.
Se desliza en las rendijas.
Propone una salida sin lucha.
Promete un descanso sin retorno.

Pero en el Evangelio, la victoria sobre el mal no pasa por evitarlo.
Pasa por atravesarlo.
Jesús no huye de la cruz.
La abraza.
No busca escapar, sino entregarse.
No elige desaparecer, sino darse.
Y así abre un camino hacia la vida.

«Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan 12,32).

La serpiente, para el Principito, será también una puerta.
Él lo sabe.
No huye.
No retrocede.
Acepta ese encuentro, no como un final, sino como un paso.

No busca la muerte.
Busca el regreso.

¿Y nosotros?
¿Qué hacemos con esta presencia del mal?
¿La negamos?
¿La idealizamos?
¿O aceptamos mirarla de frente, sin fascinación, con lucidez y fe?

Cristo no erradicó el mal por la fuerza.
Lo absorbió en el amor.
El Principito, a su manera, hace lo mismo:
no combate a la serpiente.
La acoge como un paso.
Como un umbral.

Y quizá, como él, estamos llamados no a comprender el mal…
sino a atravesarlo,
manteniendo la mirada fija en lo que es más fuerte que él:
el amor que no muere.

Pensamiento 16

La sed – ¿Carencia o deseo?

En el desierto, después del encuentro con la serpiente,
el Principito y el aviador caminan.
Ya no tienen agua.
Tienen sed.
La arena quema.
El silencio pesa.
No saben si encontrarán un pozo.
Y, sin embargo, avanzan.

El Principito no se queja.
No se asusta.
Habla suavemente.
Dice:
«Lo que embellece al desierto es que esconde un pozo en alguna parte.»
No habla de un pozo visible, señalado, evidente.
Habla de un pozo oculto.
De una fuente invisible, pero esperada.

La sed, aquí, no es solo una carencia física.
Se convierte en una sed interior.
Una espera.
Una apertura.
Una búsqueda de sentido.
De vida.
De lo esencial.

En los Evangelios, la sed también es un tema central.
Jesús dice a la samaritana:
«Dame de beber» (Juan 4,7).
Pero muy pronto pasa del agua física a la sed de verdad.
Habla de otra agua, más profunda:

«Quien beba del agua que yo le daré, no tendrá jamás sed» (Juan 4,14).

No habla de una solución mágica,
sino de una fuente interior:
la del Espíritu, del perdón, de la paz.

Y en la cruz, Jesús dice todavía:
«Tengo sed» (Juan 19,28).
No es solo su cuerpo el que habla.
Es toda la humanidad en él:
una sed de amor, de reconciliación, de respuesta.
Una sed que atraviesa el silencio del mundo
para alcanzar el corazón de cada uno.

El Principito y el aviador no encuentran agua de inmediato.
Pero en esa caminata, se acercan.
Su palabra se hace más verdadera, más sencilla.
La sed los vuelve hermanos.
Los une.

Hay sedes que acercan más que el bienestar.
Carencias que unen más que la abundancia.
Porque es en la falta donde el deseo se revela.
Y donde el corazón se ensancha.

En el desierto bíblico, el pueblo de Israel también conoció la sed.
Gritó, dudó, murmuró.
Pero Dios hizo brotar agua de la roca (Éxodo 17,6).
No para recompensar,
sino para recordar que incluso en lo más seco
puede nacer una fuente.

¿Y nosotros?
¿Cuál es nuestra verdadera sed?
¿Es una necesidad inmediata, o un deseo más profundo?
¿Corremos tras lo que sacia rápido…
o buscamos la fuente que permanece?

El Principito no encontró el pozo por estrategia.
Lo encontró porque caminó con confianza.
Porque esperó.
Porque mantuvo vivo ese deseo interior.

Cristo nos promete un agua que no se agota.
No un agua mágica.
Sino un agua viva,
nacida de un corazón abierto,
de una fe sencilla,
de un amor verdadero.

¿Y si nuestra sed fuera una bendición?
No una carencia que evitar…
sino un llamado a escuchar.

Pensamiento 17

El pozo – La fuente y la promesa

Han caminado mucho.
En la arena, en el silencio, en lo desconocido.
Y una mañana, el Principito y el aviador encuentran por fin un pozo.

No tiene nada de espectacular.
Una polea, una cuerda, un cubo.
Pero ese pozo es un tesoro.
No solo porque da agua, sino porque es fruto de una caminata, de una espera, de una confianza.

El Principito dice:
«Lo que veo aquí es un tesoro, porque lo has buscado conmigo.»

No es solo el agua lo que tiene valor.
Es el vínculo, el esfuerzo, la fraternidad nacida de la sed compartida.

En los Evangelios, aparece otro pozo en una encrucijada del camino: el pozo de Jacob.
Jesús allí encuentra a una mujer rechazada, que viene sola a la hora más calurosa del día.
Él, judío; ella, samaritana.
Y le dice:

«Si conocieras el don de Dios…» (Juan 4,10).

Y le promete un agua viva:

«Quien beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed» (Juan 4,14).

Esa agua no es visible.
No se saca con una cuerda.
Es un agua interior, una gracia que refresca el alma, que sana la herida, que hace brotar esperanza.

El pozo del desierto, para el Principito, es de la misma naturaleza.
Es real, sí, pero dice más de lo que da.
El agua que contiene parece llevar una memoria.
Canta, dice él.
Tiene el sabor de la caminata, del cansancio, de la fe.

A veces hay que agotar los propios recursos para abrirse a esa agua.
Hay que aceptar no controlar más, no saber más, para recibir.
El pozo no se fabrica.
Se descubre.
Se ofrece.

En la Biblia, Dios no da el agua a quienes se creen dignos.
La da a quienes tienen sed.
No recompensa la eficacia.
Responde a la espera confiada.
Cava en nosotros, suavemente, un espacio donde su fuente pueda brotar.

El Principito bebe.
El aviador también.
Y en ese gesto sencillo, su amistad se sella.
Ese pozo se vuelve santuario.
Lugar de alianza.
Lugar de paso.

¿Y nosotros?
¿Cuáles son nuestros pozos escondidos?
¿Hemos aprendido a buscarlos juntos,
o corremos solos, en busca de aguas que no sacian?
¿Sabemos reconocer la fuente cuando se da en la sencillez?

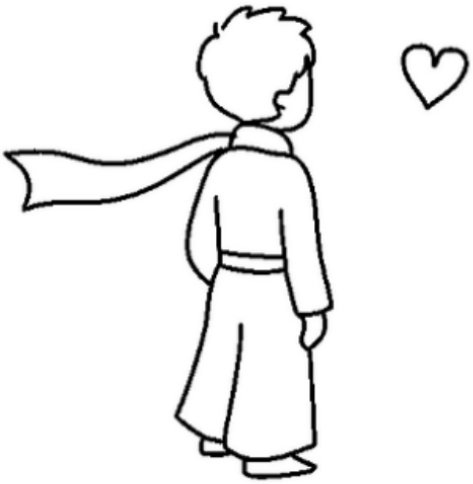
Cristo no irrumpe como un torrente.
Espera ser extraído.
Permanece allí, discreto, como un agua fiel.
Es la fuente, pero se deja levantar, lentamente, por la cuerda de nuestra fe.

El Principito, por su parte, ha encontrado lo que buscaba:
no solo un agua, sino una luz.
Una promesa cumplida.
Una dulzura nacida de un vínculo.

Y esa fuente, incluso una vez lejos,
seguirá corriendo dentro de él.

Parte V – El regreso hacia el amor

“Volver no es huir”



Hay un momento, en toda travesía, en que la mirada se vuelve hacia atrás.
Después de los planetas absurdos, del zorro domesticado, de la rosa reencontrada y del pozo descubierto,
el Principito siente que ha llegado el tiempo.
No se trata de retroceder.
Se trata de responder a un llamado.
De volver, no por nostalgia, sino por fidelidad.

Volver hacia su rosa no es renunciar a la libertad adquirida.
Es ponerla al servicio del amor.
No es volver a atarse:
es elegir enraizarse en aquello que da vida.
El viaje no ha sido en vano.
Ha iluminado el corazón.
Lo ha preparado para consentir.
Para amar de verdad.

En el Evangelio, Jesús también habla del retorno.
Cuenta la parábola del hijo pródigo.
Un hijo que parte lejos, creyendo ganar autonomía,
y que descubre que la verdadera libertad es volver al padre.
No para ser juzgado,
sino para ser acogido.

«Me levantaré, iré a mi padre» (Lucas 15,18).
Este movimiento interior es el del Principito.
No vuelve por obligación.
Vuelve porque ha amado.
Porque está listo, ahora, para permanecer junto a su rosa,
no para recibir,
sino para velar.

Volver no es huir.
Es asumir.
Es elegir.
Es convertir el amor en una decisión,
y no en un impulso pasajero.

Pensamiento 18

La llamada del regreso – ¿Partir para volver?

El Principito ya sabe.
Ha visto, ha comprendido, ha amado.
Y ahora debe volver.
No porque esté cansado, ni porque se arrepienta.
Sino porque el amor lo llama.
Siente, en lo más hondo, que la fidelidad no puede quedarse en un recuerdo.
Debe convertirse en un gesto.
En un regreso.

Dice:
«Hay que soportar dos o tres orugas si quiero conocer las mariposas.»
Habla de su rosa.
De sus caprichos.
De sus espinas.
Ya no intenta idealizarla.
Simplemente elige volver a ella.

En los Evangelios, Jesús también llama al regreso.
Cuenta la historia de un hijo que se había alejado.
Que había malgastado la herencia.
Que había tenido hambre.
Y que un día, en lo más bajo, se dijo a sí mismo:
«Me levantaré, iré a mi padre» (Lucas 15,18).
Ese regreso no era una huida.
Era una resurrección.

Volver no es ceder.
No es someterse.
Es reconocer lo que realmente importa.
Es atreverse a decir:

he visto otras cosas, he aprendido,
y ahora elijo quedarme.

El Principito ha comprendido esto.
No huye de la aventura.
Elige la fidelidad.
No por obligación, sino por amor.

En el Evangelio, de nuevo, después de la Resurrección,
Jesús pregunta a Pedro:
«¿Me amas?» (Juan 21,17).
Y le confía una misión.
Pedro había huido, había negado, había llorado.
Pero Jesús no vuelve sobre la falta.
Vuelve al corazón.
Al amor.
Lo llama a regresar,
a retomar su lugar,
a crecer.

El Principito no tiene nada que hacerse perdonar.
Pero debe dar un paso.
Debe decir, con su presencia, que sigue siendo fiel.
Incluso después del alejamiento.
Incluso después de las dudas.
Incluso después de la distancia.

¿Y nosotros?
¿Cuál es el llamado que nos invita a volver?
¿Hacia quién debemos caminar de nuevo?
¿Qué lazo hemos dejado en suspenso, no por traición, sino por temor?
¿Qué amor espera que demos el paso del regreso?

Cristo no pone condiciones.
Espera.
Vigila.
Espera con esperanza.

Y en cuanto volvemos, incluso desde lejos,
corre a nuestro encuentro:
«Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente» (Lucas 15,20).

Volver no es empezar de cero.
Es honrar lo que ha sido.
Y decidir cuidarlo.

El Principito sabe ahora lo que es amar.
Y por eso está listo para volver.

Pensamiento 19

La espera – Preparar la partida

El Principito sabe que debe partir.
Pero no se va de inmediato.
Existe ese tiempo suspendido entre la decisión y el acto.
Ese momento silencioso en el que aún no se hace nada,
pero en el que todo se juega ya.

Ese tiempo de espera es precioso.
No es procrastinación.
Es vigilancia.
Preparación interior.
Una manera de honrar lo que está por venir.

El Principito habla con el piloto.
Lo previene.
Lo tranquiliza.
Le da referencias.
Le pide que no llore demasiado fuerte.
Y, sobre todo, siembra una promesa:
habrá una estrella,
una risa,
una presencia invisible.

En los Evangelios, Jesús también prepara a sus discípulos para su partida.
Les habla largamente, antes de la cruz.
No les oculta el dolor,
pero les anuncia una alegría nueva.
Dice:
«Ahora estáis tristes, pero yo os volveré a ver, y vuestro corazón se alegrará» (Juan 16,22).
Y aún:
«Os conviene que yo me vaya…» (Juan 16,7).

Esta espera no está vacía.
Está habitada.
Prepara un paso.
Permite acoger de otro modo a quien se aleja.

En la parábola de las vírgenes prudentes, Jesús insiste en esta vigilancia activa:
«Velad, porque no sabéis ni el día ni la hora» (Mateo 25,13).
No se trata de tener miedo,
sino de estar listo.
De estar presente en el momento justo.
De tener aceite en la lámpara.

El Principito, al preparar su partida, actúa con ternura.
No impone su elección.
La comparte.
La confía.
Transforma la ausencia que viene en promesa vivida.
Dice al aviador:
«Te dejaré algo. Tendrás estrellas que saben reír.»

Lo que nosotros llamamos partida,
él lo llama regreso.
Lo que nosotros llamamos pérdida,
él lo vive como fidelidad.
Lo que tememos como un final,
él lo contempla como cumplimiento.

¿Y nosotros?
¿Sabemos vivir estos tiempos de espera?
¿O intentamos llenarlos, huir de ellos, ignorarlos?
¿Aceptamos que hay partidas necesarias
y que deben ser preparadas con amor?

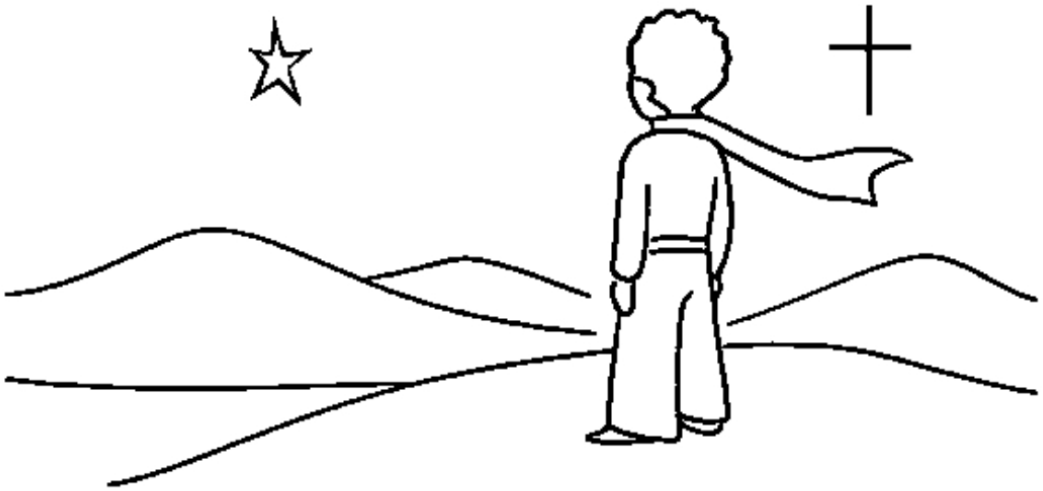
Jesús no huyó de la cruz.
Pero preparó a sus amigos.
Les dio la paz.

Les prometió el Espíritu.
«No os dejaré huérfanos; vuelvo a vosotros» (Juan 14,18).

El Principito también deja una luz detrás de sí.
Se va.
Pero siembra una estrella.
Y en esta espera,
invita ya a la esperanza.

Parte VI – El paso

"Lo que llamamos el final"



Hay en toda historia un momento en que el silencio se vuelve más fuerte que las palabras.
En que el corazón se aprieta.
En que uno sabe que algo está a punto de cambiar.

El Principito ha decidido regresar.
No huye.
Responde a un llamado.
No elige la muerte, sino el retorno.
No busca el olvido, sino la fidelidad.
Lo que va a vivir, nosotros lo llamamos separación.
Él lo llama paso.

En los Evangelios, Cristo también habla de su muerte como de un paso.
Dice a sus discípulos:
«Voy al Padre» (Juan 16,10).
No dramatiza.
No niega el sufrimiento.
Pero lo ilumina.

Lo orienta.
Lo transforma en ofrenda.

La cruz, para él, no es un fracaso.
Es una travesía.
Una manera de amar hasta el final.
«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Juan 15,13).

El paso es un misterio.
Da miedo.
Nos confronta con nuestra impotencia.
Desnuda nuestros apegos.
Pero es también la puerta de un cumplimiento.
Lo que parecía ser el final se vuelve fecundidad.

El Principito va a desvanecerse.
Va a desaparecer de nuestra vista.
Pero no estará ausente.
Promete una estrella, una risa, un recuerdo vivo.

Cristo también desaparece a los ojos de los suyos.
Pero no deja de estar presente.
Se vuelve más íntimo, más cercano, más libre aún.

Lo que llamamos final…
es quizá el nacimiento de otra luz.

Pensamiento 20

La elección de la serpiente – ¿Morir o pasar?

El Principito vuelve solo, cuando cae la tarde.
Encuentra a la serpiente que había conocido en el desierto.
Esta vez no la cruza por azar:
va hacia ella.
Ha elegido.
Sabe lo que hace.

No huye de la vida.
No renuncia al amor.
Asume el riesgo del paso.
Sabe que su cuerpo será pesado como una vieja corteza.
Pero sabe también que eso no será el final.
Dice:
«Tendré el aspecto de estar muerto, y no será verdad.»

Esta elección no es una huida.
Es un acto de fidelidad.
Quiere regresar.
Reencontrarse con su rosa.
Honrar el vínculo.
Y para ello acepta desaparecer de nuestros ojos.

En los Evangelios, Jesús también habla de su muerte como de un acto libre.
Dice:
«Nadie me quita la vida; yo la doy por mí mismo» (Juan 10,18).
No la sufre.
La ofrece.
Llega hasta el extremo del amor, aunque sabe que ese camino pasa por el sufrimiento, por la incomprensión, por la cruz.

A sus discípulos, les anuncia este misterio:
«El Hijo del hombre va a ser entregado… pero al tercer día

resucitará»
(Mateo 17,22-23).
No habla de un final.
Habla de una travesía.

La serpiente, en el cuento, no es una figura maligna.
No es hostil.
Simplemente está ahí.
Disponible.
Propone un paso.
No obliga.
Actúa con delicadeza.
Es una imagen inquietante, ambigua.
Pero que, en la voz del Principito, se convierte en una puerta.

Jesús también asume esta ambigüedad del paso.
Transforma la cruz —instrumento de muerte— en lugar de vida:
«Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan 12,32).

El Principito pide al aviador que no esté presente en el momento preciso.
No quiere que lo vea.
No quiere causarle más dolor.
Lo que está a punto de vivir es íntimo.
Místico.
Imposible de compartir por completo.

Y, sin embargo, deja una promesa:
«Mira las estrellas. Serán para ti farolillos encendidos en la noche.»
No dice: «Recuérdame.»
Dice: «Te dejo un signo.»

¿Y nosotros?
¿Cómo recibimos este tipo de partida?
¿Sabemos creer que hay un paso más allá de la pérdida?
¿Aceptamos que lo que parece muerte pueda convertirse en fuente?

Cristo nos invita a esta fe paradójica:
«El que pierda su vida por mí, la salvará» (Lucas 9,24).
Lo que el mundo considera un final,
Dios lo hace nacer de otra manera.

El Principito, como Cristo, elige el paso.
No para desaparecer.
Sino para amar más lejos.
Más hondo.
Para alcanzar, más allá de los ojos,
el corazón.

Pensamiento 21

El cuerpo dejado allí – ¿Creer sin ver?

Al día siguiente, el aviador vuelve.
El Principito ya no está.
No ve nada, salvo una corteza abandonada.
Un cuerpo diminuto, silencioso, tendido en la arena.
Vacío.

Él había dicho:
«No será más que un cuerpo. Como una vieja corteza.»
Y ahora que ese cuerpo está ahí,
se vuelve insoportable.
Porque parece hablar de ausencia,
de abandono,
de final.
Y sin embargo… no es eso.

El Principito había advertido:
«No estés triste. Estoy aquí. Reiré en las estrellas.»
Pero en el momento de la prueba,
la palabra parece desvanecerse.
Lo visible se hace más fuerte que la promesa.

En los Evangelios,
esto es también lo que viven los discípulos.
La mañana de Pascua encuentran un sepulcro vacío.
No un milagro deslumbrante,
no un Jesús radiante,
sino… una ausencia.
Y la pregunta que atraviesa su corazón:
¿basta con eso?
¿Puede la ausencia visible sostener la promesa invisible?

**«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?
No está aquí»** (Lucas 24,5-6).

Así habla el ángel en el sepulcro.
Y se parece a la palabra del Principito:
lo que buscas con los ojos ya no está,
pero eso no significa que yo esté ausente.

El amor no desaparece con el cuerpo.
Se desplaza.
Cambia de lugar.
Se vuelve memoria viva.
Presencia interior.
Esperanza compartida.

El cuerpo del Principito quedó allí,
como una vestidura que ya no sirve.
Y en esa fragilidad aparente,
en esa ausencia desnuda,
hay un llamado:
¿sigues creyendo en la luz
aunque ya no se vea?

El Cristo resucitado no es siempre reconocido.
María Magdalena lo confunde con el jardinero.
Los discípulos de Emaús lo reconocen solo al partir el pan.
Está ahí,
pero de otra manera.

«Dichosos los que crean sin haber visto» (Juan 20,29).

Esto dice Jesús a Tomás, que dudaba.
Y es también lo que el Principito pide, discretamente,
a quien lo ha amado:
creer que el vínculo permanece,
que la estrella brillará,
que la risa resonará.

¿Y nosotros?
¿Sabemos creer sin ver?
¿Nos atrevemos a esperar cuando el cuerpo está allí,

pero la vida parece haberse ido?
¿Acogemos la ausencia como un paso,
y no como un borrado?

El cuerpo dejado allí no es un fracaso.
Es la huella de un paso.
La señal de una vida entregada.
Y que continúa de otra forma.

El silencio que sigue no es un vacío.
Es un espacio abierto para la fe.

Pensamiento 22

La risa en las estrellas – Presencia en la ausencia

El Principito lo había preparado todo.
Sabía que su partida dejaría un vacío.
Sabía que el aviador lloraría.
Por eso sembró una estrella.
Una estrella que ríe.

Dijo:
«Cuando mires el cielo, de noche, puesto que habitaré en una de ellas, puesto que reiré en una de ellas, será para ti como si todas las estrellas rieran.»

Y en esta palabra sencilla,
toda la esperanza del libro se sostiene en una promesa:
no me verás más,
pero estaré allí.

En los Evangelios, Jesús hace la misma promesa, justo antes de partir:
«Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28,20).

No dice: «Me veréis siempre.»
Dice: «Estoy con vosotros.»
Habla de una presencia más interior,
más íntima,
más real aún que la proximidad física.

La risa en las estrellas no es una imagen ingenua.
Es una manera de decir que el amor verdadero no muere.
Atraviesa la ausencia.
Habita la memoria.
Fecunda el futuro.

Cuando el aviador levanta los ojos hacia el cielo,
ya no ve solo una estrella.
Escucha una risa.
Recupera una voz.
Siente una alegría.
La presencia del Principito no se demuestra.
Se recibe.

El Jesús resucitado actúa del mismo modo.
No se muestra a todos.
Aparece a quienes han amado,
a quienes han llorado,
a quienes han esperado.
Y dice:
«No tengáis miedo» (Mateo 28,10),
«La paz con vosotros» (Juan 20,19).

No vuelve para tranquilizar,
sino para habitar de otra manera.
Se convierte en luz en la oscuridad,
calor en la duda,
fuerza en la espera.

La risa en las estrellas es eso:
la prueba de que la ausencia no tiene la última palabra.
Que la memoria puede ser fecunda.
Que la tristeza puede convertirse en fuente.

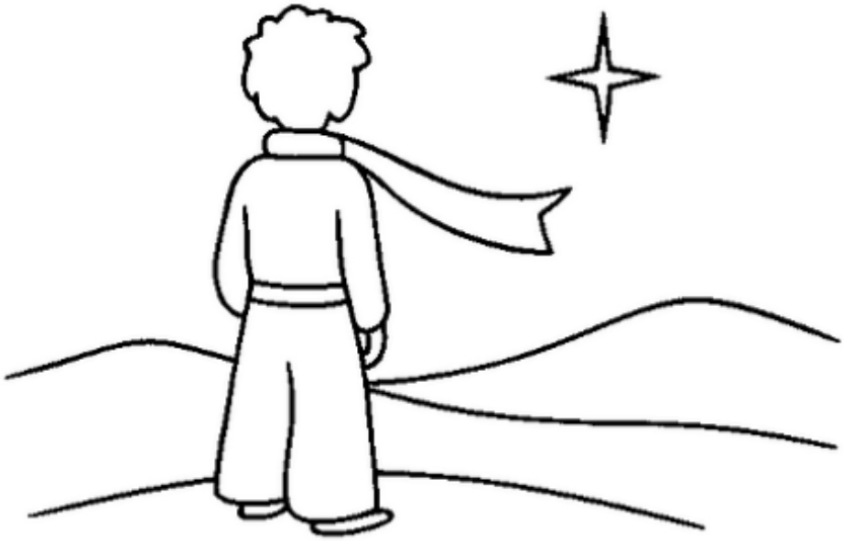
¿Y nosotros?
¿Sabemos escuchar la risa de quienes nos han dejado?
¿Nos atrevemos a creer que están ahí, de otro modo?
¿Llevamos sus rostros en nuestro cielo interior?

El Principito se ha marchado.
Pero ha dejado una huella.
Una estrella viva.
Una risa.
Una alegría teñida de lágrimas.

Y quizá eso sea la verdadera consolación:
creer que lo que hemos amado
sigue viviendo…
en una estrella,
en una oración,
en un silencio habitado.

Parte VII – La estrella fiel

“Lo que permanece cuando todo se aleja”



El Principito se ha marchado.
El cuerpo ya no está.
El desierto ha vuelto a ser silencioso.
Pero algo ha cambiado para siempre:
ahora hay una estrella que ríe en el cielo.

No es un cuento para niños.
Es un acto de fe.
Una manera de decir que el amor, cuando es verdadero, no desaparece.
Se transforma.
Se desliza en el soplo del viento,
en el destello de un recuerdo,
en una carcajada que creíamos perdida.

En los Evangelios, después de la resurrección,
Jesús ya no es visible como antes.
Se deja ver un instante, y luego desaparece.

Camina un momento con los suyos,
y después los deja seguir su camino.
Pero les hace una promesa:
«No os dejaré huérfanos» (Juan 14,18).

Y es a través de su memoria,
de su misión,
de su amor,
que continúa viviendo.

El Principito también continúa viviendo.
No en un más allá inaccesible,
sino en el corazón de quien lo ha amado.
En la mirada que se eleva hacia el cielo.
En ese silencio habitado
que ya no es vacío,
sino presencia.

No es un duelo.
Es una esperanza.
No es un final.
Es una fidelidad.

Porque lo que permanece…
es la estrella.
Fiel.
Presente.
Luminosa.

Pensamiento 23

El recuerdo – ¿Vivir con lo invisible?

Se ha ido.
Y, sin embargo, está aquí.

El aviador mira el cielo.
Busca una estrella.
Escucha una risa.
Sonríe.
Llora.
Recuerda.

El recuerdo no es aquí un repliegue.
No es nostalgia.
Es vida.
Es presencia.
Es vínculo.
Porque lo que ha sido amado sigue viviendo,
incluso cuando todo parece terminado.
Lo que ha sido dado no se pierde.

El Principito no se llevó nada,
salvo el amor recibido y dado.
Y dejó, detrás de él,
una huella discreta pero imborrable:
el recuerdo de un corazón abierto.

En los Evangelios, los discípulos viven lo mismo.
Jesús ha ascendido al Padre.
Ya no camina a su lado.
Ya no cura,
ya no habla,
ya no parte el pan como antes.
Y sin embargo… está aquí.

Recuerdan sus gestos.
Sus palabras.
Sus silencios.
Llevan dentro lo que él les dejó:
un soplo,
una luz,
una misión.

«Haced esto en memoria mía» (Lucas 22,19),
dice en la última cena.
El recuerdo se vuelve acto vivo.
No para llorar,
sino para continuar.
Para transmitir.
Para hacer memoria a través de la vida.

El recuerdo del Principito actúa igual.
No inmoviliza.
Abre.
Transforma.
Hace el mundo más bello,
porque existió ese lazo,
esa risa,
esa mirada.
Hace las estrellas más cercanas,
porque alguien habita en ellas ahora.

¿Y nosotros?
¿Qué hacemos con nuestros recuerdos?
¿Los guardamos como tesoros cerrados…
o los dejamos convertirse en fuente?
¿Sabemos vivir con lo invisible,
no como carencia,
sino como promesa?

Cristo ya no es visible,
pero está vivo.

Y en la fe, sigue hablando,
levantando,
amando.

«Quédate con nosotros, porque atardece» (Lucas 24,29),
dicen los discípulos de Emaús.
Y en esa sencilla súplica,
toda la memoria se vuelve oración.

El Principito permanece también.
No porque se imponga.
Sino porque ha sido amado.
Porque él ha amado.

Y vivir con lo invisible es quizá eso:
caminar cada día con un recuerdo vivo en el corazón…
y una estrella fiel en el cielo.

Pensamiento 24

La estrella – ¿Luz de una ausencia?

La estrella no habla.
No se mueve.
No demuestra nada.
Y, sin embargo, lo dice todo.

Desde que el Principito se ha marchado,
ha devenido un signo.
No un astro como los demás,
sino un recordatorio.
Una presencia silenciosa.
Una alegría discreta en medio de la noche.

El cielo no ha cambiado.
Pero la mirada, sí.

Eso es quizá la luz de una ausencia:
cuando lo que falta se vuelve promesa.
Cuando lo que ya no es visible sigue iluminando.
Cuando aquello que creíamos perdido se vuelve guía.

En los Evangelios, la estrella es también un signo.
Al principio, una estrella conduce a los magos.
Los lleva hasta el niño.
«Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo» (Mateo 2,2).

Luego desaparece.
Pero lo que ha revelado permanece.

Y más tarde, Jesús se convierte él mismo en luz:
«Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas» (Juan 8,12).
No promete un cielo sin noche.
Promete una luz en la noche.

El Principito no pidió monumento.
Ni estatua.
Solo confió una estrella.
Y en esa estrella, una risa.
Un rastro.
Una luz.

Es frágil.
Es discreto.
Pero basta para hacer vivir.

Todos tenemos, en nuestro cielo interior, estrellas que brillan así:
presencias invisibles,
voces que ya no oímos pero que aún resuenan,
rostros que ya no vemos pero que acompañan.

¿Y nosotros?
¿Sabemos levantar los ojos?
¿Aceptamos que la ausencia pueda volverse fuente?
¿Permitimos que la luz entre, incluso por una grieta?

El Cristo resucitado no permaneció en la tierra.
Pero nunca dejó a los que ama.
Ascendió al Padre y dijo:
«Os enviaré el Espíritu» (Juan 14,16).
Otra luz.
Otra manera de estar presente.
Más íntima.
Más libre.

La estrella del Principito es de esa naturaleza.
No impone nada.
Pero ilumina.
Acompaña.
Recuerda que el amor no muere.

Y a veces, cuando miramos el cielo,
sucede que algo en nosotros…

empieza a sonreír.

Pensamiento 25

La consolación – ¿Llorar o esperar?

Queda el silencio.
El recuerdo.
La estrella.
Y luego, a veces,
las lágrimas.

La partida del Principito no deja solo un vacío.
Deja una pregunta:
¿qué hacer con este dolor?
¿Llorar, o esperar?
¿Guardar silencio, o dejar hablar al corazón?

El aviador dice que lloró.
No lo oculta.
Mira la arena,
luego el cielo.
Y en esta oscilación entre la tierra y las estrellas,
busca una paz.
Una manera de habitar la ausencia.

En los Evangelios,
el mismo Jesús llora.
Llora ante la tumba de Lázaro.
«Y Jesús lloró» (Juan 11,35).
No porque no tenga esperanza,
sino porque ama.
Porque el amor verdadero
pasa también por las lágrimas.

Pero no se queda en las lágrimas.
Llama:
«¡Lázaro, sal fuera!» (Juan 11,43).
Despierta.
Levanta.

Consuela actuando.
Su ternura no niega la pena,
pero la abre a la vida.

El Principito, por su parte,
preparó la consolación.
Avisó:
«Será como si aún estuviera aquí.»
Dio referencias.
Transformó el recuerdo en promesa.
Y la estrella en un signo.

Consolar no es borrar la tristeza.
Es darle una dirección.
Una luz.
Un sentido.

¿Y nosotros?
¿Qué hacemos con nuestras penas?
¿Las escondemos por pudor?
¿O las ofrecemos a Dios
para que Él las convierta en semillas?
¿Aceptamos que las lágrimas sean también
una forma de oración,
de fidelidad,
de amor?

Jesús promete:
«Dichosos los que lloran, porque serán consolados» (Mateo 5,4).
No dice: «No lloréis.»
Dice: vuestra pena es preciosa.
Será fecunda.
Dará fruto.

El aviador lloró.
Luego sonrió.
Luego miró las estrellas

y comprendió.
El Principito no volverá como antes.
Pero está ahí.
De otro modo.
Más profundamente.

Y en ese cielo donde brillan tantas estrellas mudas,
una sola, a veces,
empieza a reír.

Parte VIII – Hacerse adulto

“Crecer sin olvidar”



El aviador ha regresado.
El motor de su avión funciona.
La vida parece retomar su curso.
Y, sin embargo,
nada es ya igual.

Algo ha cambiado.
Una estrella lo mira ahora.
Una risa habita el silencio.
Una promesa ha quedado en la arena del desierto.
El Principito no es solo un recuerdo.
Se ha vuelto una luz interior.

Pero ahora llega otra etapa:
la de crecer.
No pasando la página,
sino integrando lo vivido.

Dejando que el niño que fuimos
fecunde al adulto que somos.

En los Evangelios, Jesús dice a sus discípulos:
**«Si no cambiáis y os hacéis como niños,
no entraréis en el Reino de los cielos»** (Mateo 18,3).

No nos pide permanecer inmaduros.
Nos invita a conservar la mirada pura,
la confianza,
la capacidad de asombro.

Hacerse adulto no es enterrar al niño.
Es honrarlo.
Es darle una voz en nuestras decisiones,
una luz en nuestros combates,
una fidelidad en nuestras relaciones.

El aviador ha cambiado.
Ya no se avergüenza de sus dibujos.
Ya no olvida sus sueños.
Escribe.
Recuerda.
Transmite.

Y quizá eso sea el verdadero paso:
hacerse adulto…
sin dejar de amar como un niño.

Pensamiento 26

El dibujo – ¿Recordar u olvidar?

Al comienzo del libro, el aviador contaba que había abandonado el dibujo.
Las personas mayores nunca habían entendido sus elefantes dentro de boas.
Le habían aconsejado interesarse por la geografía, la historia, las matemáticas.
Así que renunció.

Pero ahora, algo en él se ha despertado.

Vuelve a tomar su lápiz.
Dibuja al Principito.
Intenta fijar su recuerdo.
No para congelarlo,
sino para compartirlo.
Para que otros también puedan amarlo.

Este dibujo, sin embargo, no es perfecto.
Él mismo lo dice.
Pero no importa:
lo que cuenta es el vínculo.
La mirada.
El gesto de amor.
El hecho de no dejar que el olvido gane.

En el Evangelio, Jesús también habla de memoria.
Dice a sus discípulos:
«Haced esto en memoria mía» (Lucas 22,19).

No les pide levantar monumentos.
Les pide realizar un acto vivo.
Guardar su gesto en sus gestos.

Su palabra en su corazón.
Su amor en sus vínculos.

El dibujo del aviador se vuelve una memoria ofrecida.
Una mano tendida.
Una invitación a ver más allá del papel,
más allá de los trazos,
más allá de lo que los ojos por sí solos perciben.

Porque lo esencial, como decía el zorro,
es invisible a los ojos.

¿Y nosotros?
¿Qué hemos dejado de dibujar?
¿Qué impulsos hemos negado
porque el mundo no los comprendía?
¿Qué partes de nuestra infancia
hemos dejado apagarse
por miedo al ridículo?

Hacerse adulto no es enterrar el sueño.
Es traducirlo en fidelidad.
En transmisión.
En belleza ofrecida a los demás.

El Cristo resucitado no deja ningún escrito.
Confía a los suyos la tarea de dar testimonio.
De escribir.
De trazar en las vidas la memoria de su amor.
«Seréis mis testigos» (Hechos 1,8).

El aviador, él, testimonia con un dibujo.
Y en ese dibujo tiembla la memoria de una estrella,
de una risa,
de una mirada única.

No es una despedida.
Es un llamado.

Pensamiento 27

La memoria de la arena – ¿Partir o transmitir?

El libro termina donde todo comenzó:
en el desierto.
Pero ya no es el mismo desierto.

Aquel lugar de avería,
de silencio,
de sed,
se ha convertido en un santuario.
La arena ha guardado la huella de una risa,
la marca de un paso,
la memoria de un vínculo.
El desierto, ahora,
contiene una estrella.

El aviador no se queda.
Ha reparado su avión.
Regresa.
Pero no olvida.
Lleva consigo un secreto,
un tesoro,
un nombre:
el Principito.

Y, sobre todo,
escribe.

Cuenta la historia.
La confía a quienes vendrán después.
No sabe si comprenderán.
No sabe si creerán.
Pero escribe igual.
Porque transmitir
es esperar.

En los Evangelios, Jesús también confía un relato.
No deja manuscritos,
pero deja testigos.
Rostros.
Voces.
Envía a sus discípulos:
«Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones»
(Mateo 28,19).

Transmitir no es convencer.
Es compartir lo que ha cambiado nuestra vida.
Es decir:
«Yo también escuché una risa en las estrellas.»
Es tender la mano a quien duda
y decirle:
«Mira más lejos.
Escucha más hondo.»

El aviador no obliga a nadie a creer.
Solo dice:
esto es lo que viví.
Esto es lo que vi.
Y pide:
si alguna vez encontráis a un niño de cabellos de oro,
que hace preguntas, pero nunca responde…
escribidme enseguida.

Deja una apertura.
Una confianza.
Una espera.

¿Y nosotros?
¿Qué hacemos con nuestros propios desiertos atravesados?
¿Los guardamos para nosotros?
¿O los ofrecemos como lugares de encuentro?
¿Nos atrevemos a decir:
«¿Ahí, algo me fue dado?»

Cristo nos invita a hacer de nuestras historias
testimonios.
A no enterrar los momentos de gracia.
A ofrecerlos.
A escribirlos.
A vivirlos en fidelidad.

El desierto del Principito ya no es un lugar vacío.
Está habitado por una memoria.
La de un amor.
La de un vínculo.

Y en esa arena silenciosa,
alguien ha dejado una huella
que no se borrará.

Pensamiento 28

El corazón abierto – ¿Crecer sin traicionar?

El libro llega a su fin.
Pero no es un final.
Es una apertura.

El Principito no se quedó.
El aviador ha regresado.
El desierto está silencioso.
Y, sin embargo,
todo está vivo.
Todo respira de otra manera.
Porque un corazón ha sido tocado.
Y nunca más volverá a cerrarse.

El verdadero viaje no es el del Principito.
Es el del narrador.
El del adulto que redescubre en sí la huella del niño.
El del hombre racional que acepta creer en una estrella.
El del técnico de motores que vuelve a dibujar.

En los Evangelios, los discípulos también crecen.
Dudan, caen, regresan.
Niegan, y luego vuelven a esperar.
Y cuando Jesús los envía,
no les pide ser perfectos.
Les pide tener el corazón abierto.

«No tengáis miedo… Soy yo» (Juan 6,20).
«Id, yo os envío» (Lucas 10,3).
Y, sobre todo:
«Permaneced en mi amor» (Juan 15,9).

Crecer sin traicionar es eso.
Es no negar al niño que fuimos.
Es no aplastar la mirada asombrada

bajo el peso de las responsabilidades.
Es mantener viva en nosotros
la memoria del vínculo,
de la risa,
de lo esencial.

El Principito no pide ser comprendido.
Pide ser creído.
No por sí mismo,
sino por lo que revela:
que solo se ve bien con el corazón,
que el amor es más fuerte que la muerte,
que los vínculos verdaderos no se apagan.

¿Y nosotros?
¿Qué hacemos al hacernos adultos?
¿Elegimos olvidar, para avanzar más rápido?
¿O aceptamos permanecer fieles a lo que amamos,
aunque eso nos haga vulnerables,
más lentos,
más profundos?

Para Cristo, crecer no es endurecerse.
Es abrirse.
Es hacerse pequeño.
Es volverse servidor.

«El que se humilla será exaltado» (Lucas 14,11).

Y hacerse como un niño no es una regresión.
Es un acto de confianza,
de entrega,
de simplicidad.

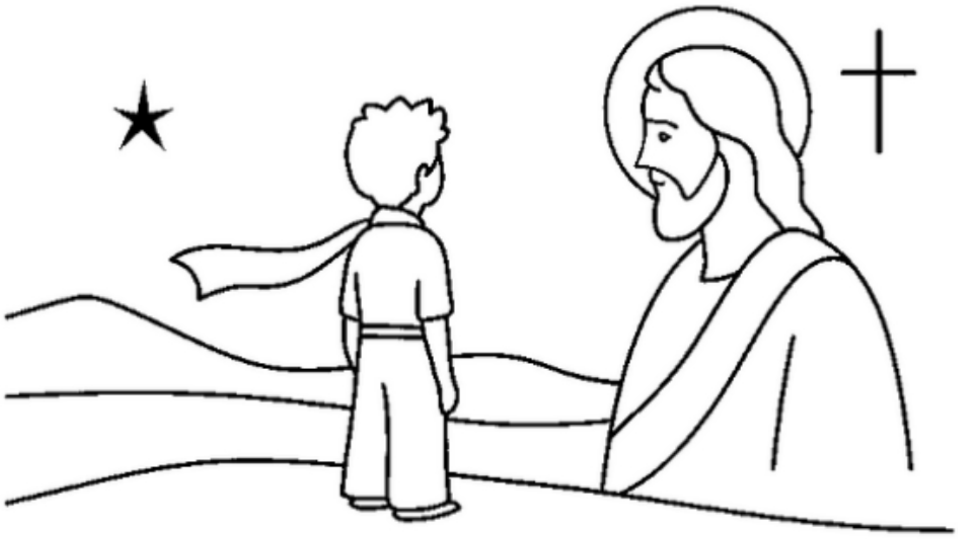
El corazón abierto no es ingenuo.
Es libre.
Puede ser herido,
pero elige amar de todos modos.

Guarda, en los pliegues de su memoria,
una estrella fiel.
Una risa.
Un nombre.

Y quizá ese sea, finalmente,
el sentido de esta historia:
no cerrar nunca el corazón…
sobre aquello que nos hizo vivir.

Parte IX – El regreso al cielo

"Lo que ve el corazón"



Se ha marchado.
El desierto ha vuelto a ser silencioso.
El cuerpo ha desaparecido.
Pero el vínculo,
ese,
ha quedado.

Porque quienes aman
nunca están del todo ausentes.
Cambian de forma,
de lugar,
de luz.
Se vuelven más profundos,
más discretos,
más cercanos.

En los Evangelios, Jesús desaparece de la vista de sus discípulos.
Asciende al Padre.
Y, sin embargo,

es en ese momento cuando se vuelve verdaderamente presente:
en cada corazón,
en cada aliento,
en cada eucaristía.

**«Yo estoy con vosotros todos los días,
hasta el fin del mundo»** (Mateo 28,20).

El Principito también se ha ido.
Pero dejó una estrella.
Una risa.
Una promesa.
Y en este último paso,
no se despide.
Abre un camino.

El camino del corazón que cree…
más allá de lo que ve.

Pensamiento 29

Tendré el aspecto de estar muerto… – Y no será verdad

Lo había anunciado.
Con calma.
Con sencillez.
Sin miedo.

«Tendré el aspecto de estar muerto… y no será verdad.»

Sabía que su cuerpo quedaría allí, inmóvil.
Que los ojos ya no verían nada.
Que el silencio parecería definitivo.
Pero también sabía que lo esencial seguiría.
Que el amor no se detiene ante las apariencias.
Que la vida no se limita a lo que se toca.

Se ha marchado.
Pero se ha quedado.

En los Evangelios, Jesús dice también que la muerte no es el final.
Habla del grano que cae en tierra:
«Si muere, da mucho fruto» (Juan 12,24).

Habla de su propio paso:
«El Hijo del hombre va a ser entregado… pero resucitará al tercer día»
(Mateo 17,23).

Y dice a los suyos:
«Voy a prepararos un lugar… para que donde yo esté, estéis también vosotros»
(Juan 14,2-3).

El Principito, a su manera, vive esta fe.
Acepta desaparecer para volver a aquello que es esencial.

No huye.
No lo sufre.
Consiente.

Y en ese consentimiento,
transmite una fuerza.
Invita a creer que lo que se ama no muere.
Que lo sembrado en el amor sigue viviendo.
Que existe, más allá del último aliento,
una luz más fuerte que la noche.

Este capítulo no es una despedida.
Es un paso.
Una manera de decir que la vida no termina
cuando se borra de nuestros ojos,
sino que entonces se vuelve aún más preciosa,
más íntima,
más pura.

¿Y nosotros?
¿Sabemos escuchar estas palabras de otra manera?
¿Podemos creer, con un corazón de niño,
que quienes nos han dejado quizá simplemente…
han vuelto a casa?

Cristo ha subido al cielo.
Ha dejado a los suyos, pero les dijo:

«Volveré y os llevaré conmigo» (Juan 14,3).

Y en esta promesa,
todo el Evangelio se vuelve luz.

El Principito también ha ascendido.
Hacia su estrella.
Hacia su rosa.
Hacia aquello que amaba.

Parece estar muerto.
Pero no es verdad.

Postfacio

Hacía falta, sí, una última página.
Una última palabra.
Una manera suave de decir que el libro termina…
pero que el viaje, ese, continúa.

Este libro no es un tratado.
No es una demostración.
Es un itinerario poético.

El de un corazón que, desde la infancia,
fue tocado por un pequeño príncipe venido de otro lugar.
Y que un día reconoció en el Evangelio una luz semejante —
más fuerte, más suave, más profunda aún.

Antoine de Saint-Exupéry quizá no quiso escribir una obra religiosa.
Pero escribió con fe.

Con esa fe desnuda del hombre que ha conocido la guerra,
el exilio,
el amor frágil,
el desierto ardiente.

Con esa confianza desarmada del aviador
que creía en los lazos invisibles,
en la ternura fiel,
en la belleza escondida en los silencios.

Y esa fe,
sin dogma y sin campanario,
despertó en tantos niños —entre ellos yo—
una sed.

Una sed de sentido.
De cielo.

De fuente.

Lo que dice el desierto no es una verdad única.
Es una invitación.
A ralentizar.
A escuchar.
A amar de otra manera.

Es un soplo.
Un paso.
Una estrella.

Y si estas páginas han podido, aunque solo sea un instante,
ayudarte a reconocer una luz que no se apaga…
entonces habrán cumplido su misión.

Gracias a quienes me precedieron,
a quienes me enseñaron a leer, a creer, a esperar.

Y gracias a ti, lector, lectora,
que aceptaste caminar unos pasos conmigo
por la arena del silencio y de la memoria.

El libro se cierra.
Pero el cielo…
permanece abierto.

Tabla de contenidos

Prólogo

Dedicatoria
Prólogo
Homenaje a Antoine de Saint-Exupéry
Introducción – « De planeta en planeta, de ciudad en ciudad »
Saint-Exupéry y la fe

Parte I – El desierto

Antes de comprender, hay que escuchar
Pensamiento 1 – El rey – ¿Autoridad o servicio?
Pensamiento 2 – El vanidoso – ¿Brillar o existir?
Pensamiento 3 – El bebedor – ¿Huir o afrontar?
Pensamiento 4 – El hombre de negocios – ¿Contar o amar?
Pensamiento 5 – El farolero – ¿Fidelidad o absurdo?
Pensamiento 6 – El geógrafo – ¿Saber o encontrar?

Parte II – El zorro

Ver de otra manera
Pensamiento 7 – « Dibújame… » – Ver al otro con los ojos del corazón
Pensamiento 8 – El cordero – De la obediencia a la libertad
Pensamiento 9 – El secreto del zorro – ¿Domesticar o dominar?
Pensamiento 10 – « Solo se ve bien con el corazón »

Parte III – La Tierra

Caer para comprender
Pensamiento 11 – Las flores – ¿Ilusión o verdad?
Pensamiento 12 – El jardín de rosas – ¿Comparación o maravilla?
Pensamiento 13 – La rosa – ¿Amar sin poseer?
Pensamiento 14 – El zorro – Ser responsable para siempre…

Parte IV – El desierto interior

Atravesar para renacer

Pensamiento 15 – La serpiente – El mal y el misterio
Pensamiento 16 – La sed – ¿Carencia o deseo?
Pensamiento 17 – El pozo – La fuente y la promesa

Parte V – El regreso hacia el amor

Volver no es huir

Pensamiento 18 – La llamada del regreso – ¿Partir para volver?
Pensamiento 19 – La espera – Preparar la partida

Parte VI – El paso

Lo que llamamos "el final"

Pensamiento 20 – La elección de la serpiente – ¿Morir o pasar?
Pensamiento 21 – El cuerpo dejado allí – ¿Creer sin ver?
Pensamiento 22 – La risa en las estrellas – Presencia en la ausencia

Parte VII – La estrella fiel

Lo que permanece cuando todo se aleja

Pensamiento 23 – El recuerdo – ¿Vivir con lo invisible?
Pensamiento 24 – La estrella – ¿Luz de una ausencia?
Pensamiento 25 – La consolación – ¿Llorar o esperar?

Parte VIII – Hacerse adulto

Crecer sin olvidar

Pensamiento 26 – El dibujo – ¿Recordar u olvidar?
Pensamiento 27 – La memoria de la arena – ¿Partir o transmitir?
Pensamiento 28 – El corazón abierto – ¿Crecer sin traicionar?

Parte IX – El regreso al cielo

Lo que ve el corazón

Pensamiento 29 – « Tendré el aspecto de estar muerto… y no será verdad »

Postfacio

Bibliografía

La Biblia

- **La Sagrada Biblia**, traducción oficial de la Conferencia Episcopal Española (CEE).
- **La Biblia de Jerusalén**, Desclée de Brouwer.
- **Evangelios según Mateo, Marcos, Lucas y Juan**, diversas ediciones autorizadas.

Obras de Antoine de Saint-Exupéry

- **Saint-Exupéry, Antoine de. *El Principito*.** Traducciones en español autorizadas (Ed. Salamandra; Ed. Seix Barral; Ed. Juventud).
- **Saint-Exupéry, Antoine de. *Tierra de hombres*.** Ediciones en español.
- **Saint-Exupéry, Antoine de. *Vuelo nocturno*.** Varias ediciones.
- **Saint-Exupéry, Antoine de. *Correo del Sur*.** Varias ediciones.
- **Saint-Exupéry, Antoine de. *Cartas a su madre*.** Ediciones en español.

Estudios y obras sobre Saint-Exupéry

- **Vergez, André. *Saint-Exupéry, el hombre y su obra*.**
- **Aubry, Claude. *Saint-Exupéry*.**
- **González, José L. *El Principito y la sabiduría del desierto*.**

Textos espirituales y de referencia

- **San Agustín. *Confesiones*.** Diversas ediciones en español.
- **Francisco de Asís. *Escritos completos*.** Ediciones franciscanas.
- **Thomas Merton. *El signo de Jonás* (o cualquier obra que hayas sentido en resonancia con este proyecto).**
